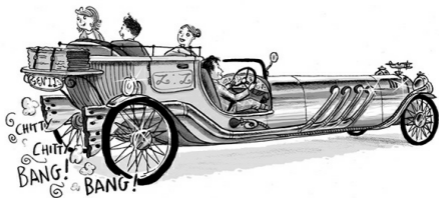


Chitty Chitty Bang Bang

IAN FLEMING





«Chitty-Chitty-Bang-Bang» es un coche mágico. Con él, el comandante Caractacus Pott, su esposa Mimsie y sus hijos Jeremy y Jemima, viajarán a un mundo de aventura y emoción.

Chitty-Chitty-Bang-Bang es una obra infantil escrita por Ian Fleming, el padre del agente secreto más famoso del mundo: James Bond.



Ian Fleming

Chitty-Chitty- Bang-Bang

ePub r1.0

Titivillus 18.05.15

Título original: *Chitty-Chitty-Bang-Bang*

Ian Fleming, 1964

Traducción: Propiedad de Albon
International, Inc.

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Dedico afectuosamente estos
relatos al recuerdo del
«Chitty-Chitty-Bang-Bang»
original, construido en 1920
por el conde Zborowski en su
residencia de las cercanías
de Canterbury.
Tenía un chasis Mercedes de
antes de la guerra de 1914,
sobre el que se había
instalado un motor de
aviación Maybach de seis
cilindros con transmisión de
cadena, que en su versión
militar fue utilizado por los
alemanes en sus Zeppelines.
Cuatro válvulas verticales*

*superiores por cilindro eran
activadas por émbolos y
bielas expuestas, adosadas a
un distribuidor a cada lado
del cigüeñal, y en cada
extremo del largo tubo de
inducción había un
carburador Zenith.
Tenía una larga carrocería
gris, con un enorme capot
bruñido de 2,40 metros de
altura, y pesaba más de cinco
toneladas. En 1921 ganó el
«Hundred M. P. H. Short
Handicap» de Brookland, con
101 millas por hora, y en
1922, también en Brookland,*

triunfó en el «Lightning Short Handicap». Pero ese mismo año tuvo un accidente, y el conde no lo inscribió en ninguna carrera más.

I.F.

AVENTURA NÚMERO UNO

Los Automóviles suelen ser conglomeraciones —palabra larga que quiere decir «montones»— de acero y cables y goma y plásticos, y electricidad y agua y gasolina y aceite, y los papeles de envolver caramelos que los niños dejaron debajo de los asientos el domingo pasado. Por la parte de atrás echan humo y por la de delante hacen ruido con la bocina, y al frente tienen

luces blancas como grandes ojos y luces rojas atrás. Y eso es todo: los automóviles no son sino latas con ruedas para corretear a gusto.

Pero algunos automóviles —por ejemplo, el mío, y tal vez el del lector—, son diferentes. Si uno llega a quererlos y a comprenderlos, si los trata bien y no les raya la pintura ni les aporrea las puertas, si les pone gasolina y aire cuando la necesitan, si los lava y los lustra y los protege de la lluvia y de la nieve todo lo que sea posible, uno descubre, quizá descubre, que casi se convierten en personas; más que personas corrientes..., ¡personas mágicas!

¿No me creéis? Muy bien. Pero leed lo que voy a contaros acerca de cierto automóvil. Sospecho que estáis a punto de adivinar cómo se llama. Luego, decidme si no estáis de acuerdo conmigo. No todos los automóviles son simples amasijos de piezas de mecánica y carburante. Hay algunos que...

Érase una vez una familia llamada Pott. Primero estaba el padre, que había servido en la Royal Navy: era el comandante Caractacus Pott —diréis que Caractacus es un nombre muy gracioso, pero la verdad es que el primer Caractacus fue un caudillo británico, una especie de Robin Hood, que en el año 48 de la Era cristiana

encabezó un ejército inglés contra los invasores romanos (supongo que desde entonces habrán existido muchos Caractacus, pero no sé de ninguno de ellos)—. Después, estaba la madre, Mimsie Pott, y después venían dos mellizos, ambos de ocho años de edad: Jeremy, un niño de cabellos negros, y Jemima, una niña de cabellos rubios. Todos vivían en un bosque, cerca de una gran laguna, en el centro de la cual había una isla. Al otro lado de la laguna discurría la carretera M-20, que conducía hasta el mar. De modo que los niños gozaban de lo mejor de dos mundos: hermosos bosques para cazar escarabajos y encontrar nidos de

pájaros, y un lago para atrapar pececitos y renacuajos, al lado de una carretera para salir a conocer el mundo, si querían.

Bueno, casi como si quisieran. Porque, la verdad, es que no tenían dinero suficiente para comprar un automóvil. Todo el dinero que entraba en la casa se destinaba a cosas necesarias: alimentos, calefacción, luz, ropa y todas esas cosas aburridas que realmente no se tienen en cuenta, pero que las familias tienen que comprar. Apenas quedaba un poquito para los cumpleaños y los regalos de Pascuas y de Navidad, y para alguna que otra excursión, que son las cosas que

«realmente» importan.

Pero la familia Pott era feliz y gozaba de la vida, y como ninguno de sus miembros tenía lástima de sí mismo, ni lamentaba no poseer un automóvil, nosotros tampoco tenemos por qué sentir lástima por ellos.

Ahora bien: el comandante Caractacus Pott era un explorador y un inventor, y ésta era, quizá, la razón por la que la familia Pott no era rica. Las exploraciones e invenciones son, sin duda, muy interesantes, pero es raro que un explorador descubra una mariposa, o una planta, o un animal, insecto o mineral que la gente pague por ver, y casi nunca descubre tesoros verdaderos,

como se cuenta en los libros: lingotes de oro, y joyas y brillantes en un viejo arcón de roble.

Con las invenciones sucede prácticamente lo mismo. En todo el mundo —en América, en Rusia, en China y Japón, para no hablar de Inglaterra y Escocia, y Gales e Irlanda—, hay gente que está tratando de inventar cosas, ya sean cohetes que vuelen a la Luna o pelotas de goma que reboten más alto. Siempre hay alguien, en alguna parte, que inventa o perfecciona algo, trátese de grupos de científicos en enormes fábricas y laboratorios, o de hombres solitarios que trabajan en pequeños talleres, con

pocas herramientas.

Uno de esos inventores solitarios era el comandante Caractacus Pott, y confieso con vergüenza que, como siempre estaba soñando con imposibles inventos, y aventuras y exploraciones en los más remotos rincones del mundo, en la vecindad se le conocía como el comandante Crackpott^[1]. Pensaréis que esto es una falta de respeto, y, en verdad, así es, pero el comandante Pott tenía sentido del humor y se daba cuenta de sus propios defectos, de modo que cuando se enteró de ese apodo no se molestó. Lanzó una gran carcajada y dijo: «¡Ya verán!». Luego, desapareció en su taller y estuvo un día y una noche

enteros sin salir.

Durante todo ese tiempo se veía que salía humo de la chimenea y se percibían muchos exquisitos olores. Y cuando los niños aplicaron el oído a la puerta cerrada, pudieron escuchar misteriosos burbujeos y borboteos, como de algo que se estuviera cocinando, pero nada más.

Cuando el comandante Pott salió, estaba tan hambriento que, para empezar, se comió cuatro huevos fritos con tocino y se bebió todo el café de la cafetera. Luego, pidió a Mimsie que llamara a Jeremy y a Jemima, que estaban muy ocupados tratando de extraer a un topo de su madriguera a la

orilla de la laguna —no llegaron a atraparlo, porque el topo cavaba con más celeridad que ellos.

Llegaron los mellizos y se plantaron frente a su padre, preguntándose qué habría inventado esta vez —los inventos del comandante Pott solían ser cosas sin gracia, como perchas plegadizas; a veces cosas inútiles, como discos de gramófono comestibles, y a veces cosas ingeniosas que eran poco prácticas, como patatas cúbicas, muy fáciles de pelar, cortar y envasar, pero muy caras para cultivarlas en pequeñas cajas metálicas, y así sucesivamente—. Con aire de profundo misterio, el comandante Pott buscó en sus bolsillos y

sacó un puñado de caramelos redondos y multicolores, un poco más grandes que bolitas, envueltos en papel. Siempre con aire de misterio, eligió uno rojo para Jeremy y uno verde para Jennima y se los dio.

Bueno, los caramelos siempre son caramelos, pensaron los chicos, aunque aquéllos no parecían ser nada especial, de modo que los desarrollaron y estaban a punto de llevárselos a la boca cuando el comandante Pott exclamó:

—¡Esperad! Primero, examinadlos con mucha atención.

Los niños examinaron los caramelos, y el comandante Pott preguntó:

—¿Qué veis? ¿Qué tienen de

diferente?

Entonces Jerenny y Jemima contestaron, casi al mismo tiempo:

—Tienen pequeños agujeros en medio.

El comandante Pott asintió solemnemente.

—Ahora, chupadlos.

Jeremy y Jemima se metieron los caramelos en la boca y los chuparon a gusto, mirándose el uno al otro con las cejas enarcadas, como diciendo: «¿Notas algo?» «¿Qué gusto tiene el tuyo?» «El mío sabe a fresa» «El mío, a menta». Y los dos pares de ojos parecían decir: «Son caramelos, nada más que caramelos redondos y duros, y

con la lengua podemos palpar los agujeritos. Aparte de esto, son caramelos corrientes».

Pero el comandante Ron, que fácilmente echaba de ver lo que estaban pensando, levantó de pronto su mano.

—Ahora, dejad de chupar. Haced girar los caramelos con la lengua hasta que los tengáis entre los dientes, con los agujeros encarados hacia fuera, separad los labios, y ¡soplad!

Naturalmente, los chicos rieron tanto viendo cómo cada uno de ellos hacía toda clase de visajes, que casi se tragaron los caramelos. Al final, dándose la espalda, lograron calmarse y sujetar los caramelos entre los dientes.

¡Entonces, los dos soplaron!

¿Y sabéis lo que pasó? Se oyó un silbido agudísimo, casi como el de una locomotora de juguete. Los niños se excitaron tanto que silbaron sin cesar, hasta que el comandante Pott, severo, les ordenó que terminaran. Volvió a levantar la mano.

—Ahora, seguid chupando hasta que yo os diga que volváis a silbar.

Y sacó su reloj, siguiendo con gran atención el minuterero.

—¡Ahora! Esta vez, Jeremy y Jemima no se rieron tanto, y pronto lograron sujetar los caramelos, que, desde luego, se habían achicado mucho, entre sus dientes. Entonces empezaron a

silbar como locos.

Esta vez, como de tanto chupar los agujeros se habían agrandado, el silbido les salió en tono grave, como el de un tren al pasar por un túnel; además, descubrieron que podían producir gran cantidad de variaciones; por ejemplo, cambiar el tono tapando un agujero con la lengua y semicerrando los labios para emitir un zumbido sordo, y muchas otras más.

Pero al poco rato, con tanto chupar y silbar, el trocito sólido que separaba los agujeros se disolvió, y los caramelos lanzaron un último gritito antes de desmenuzarse en la boca de los niños.

Jeremy y Jemima se pusieron a saltar

de alegría ante el nuevo invento del comandante Pott, y pidieron más caramelos. Entonces, el comandante les entregó una bolsita llena de caramelos a cada uno y les dijo que se fueran al jardín y ensayaran todas las variaciones de silbidos que se les ocurrieran, porque después del almuerzo iba a llevarlos a Skrumshus Limited, la gran fábrica de caramelos de la ciudad, para hacer una demostración ante Lord Skrumshus, el dueño de la fábrica.

Mientras corrían hacia el jardín, oyeron a su padre que les gritaba:

—Se llaman «Crackpots»: Los caramelos silbadores «Crackpot». ¿Y sabéis una cosa, chicos? Con el

producto de este invento vamos a comprar un automóvil.

Pero ya los niños estaban correteando entre los árboles, silbando a todo pulmón mientras saboreaban los exquisitos caramelos. En realidad, esta invención del comandante Pott parecía tener algo especial; como quien dice, un toque de genio.

En fin, lo que puedo aseguraros es que así lo creyó el dueño de la fábrica, Lord Skrumshus. Después de oír los silbidos de Jeremy y Jemima en su oficina, los envió a la fábrica. Los niños hicieron su demostración ante los obreros y

repartieron caramelos entre ellos, de modo que, al cabo de unos instantes, todo el mundo se puso a silbar y a reír, hasta el punto de que las máquinas dejaron de funcionar. Lord Skrumshus tuvo que pedir a Jeremy y a Jemima que volvieran a su oficina, antes de que la producción de caramelos y chocolatinas de la famosa marca «Skrumshus» quedara totalmente paralizada.

En la oficina de Lord Skrumshus los niños fueron testigos de una escena memorable. De manos del tesorero de la compañía, el comandante Pon recibió la suma de mil libras esterlinas; luego, firmó un papel que decía que recibiría, además, un chelín por cada mil

caramelos silbadores «Crackpot» que vendiera la empresa Skrumshus Limited. A Jeremy y Jemima eso no les parecía gran cosa, pero yo os voy a contar un secreto: Skrumshus Limited vendía cinco millones al año de una sola de sus marcas, los caramelos «Chock-a-hoop». Si hacéis un pequeño cálculo mental, veréis que tal vez el comandante Pott no estaba haciendo tan mal negocio, después de todo.

Luego, todos se dieron la mano y Lord Skrumshus obsequió a Jeremy y a Jemima con sendas cajas de muestras de todos los caramelos que fabricaba. Los tres regresaron rápidamente a casa para contárselo todo a Mimsie; de allí, la

familia entera fue en taxi a un Banco a depositar las mil libras, y luego todos se fueron a comprar un automóvil.

Bueno, aún no estoy seguro de que hayáis comprendido que la familia Pott no era una familia muy convencional. Quiero decir que eran un poco fuera de lo común. La propia Mimsie debía de ser una madre con espíritu de aventura, pues de otro modo no se hubiera casado con un explorador e inventor como el comandante Caractacus Pott, R. N. — retirado—, que, como dice la gente, no tenía medios conocidos de sustento, o sea que era un hombre sin un empleo fijo y sin un sueldo a fin de mes, sino que prefería confiar en las eventuales

ganancias de sus inventos y exploraciones.

Así, cuando se presentó el problema de la compra del auto, todos decidieron que no iba a ser un auto cualquiera, sino algo distinto, es decir, no uno de esos escarabajos negros iguales por delante y por detrás, de modo que no se sabe si vienen o van, sino algo especial, algo digno de espíritus aventureros.

Se pasaron todo el día y el día siguiente en busca de un automóvil. Examinaron los nuevos modelos y visitaron las casas de venta de autos usados, donde los vendedores ofrecían cigarrillos al comandante y a Mimsie y caramelos a Jeremy y a Jemima, para

inducidos a comprar. Pero el comandante Pott —no en balde había sido oficial ingeniero en la Armada— sabía todo lo que hay que saber sobre los autos, y, por lo general, le bastaba con echar un vistazo bajo el capot o escuchar el ruido del motor, aunque no advirtiera que el cuentakilómetros había sido desconectado o que el chasis estaba torcido a consecuencia de algún choque cuyas huellas habían quedado cubiertas por una nueva capa de pintura (uno tiene que andarse con mucho cuidado al comprar cualquier objeto usado; nunca se sabe qué trato le dio el anterior propietario (por otra parte, si una cosa está en buen estado, ¿por qué su dueño

quiere deshacerse de ella?).

Por fin, al atardecer del segundo día, llegaron a un pequeño taller administrado por un antiguo corredor de carreras. En verdad, era apenas un cobertizo de chapas de zinc, al frente del cual había un par de postes de gasolina y que en su interior albergaba una enorme cantidad de piezas de autos viejos con las que, al parecer, el dueño no hacía más que entretenerse, por pura distracción.

Sin embargo, se trataba de un aficionado a la mecánica, como el comandante Pott, y no tardaron en entenderse. Los dos hombres se pusieron a hablar y se olvidaron de Mimsie,

Jeremy y Jemima, que ya estaban muy cansados y se sentían cada vez más impacientes.

De repente, les sorprendió ver al comandante Pott salir del taller a la zaga del mecánico, en dirección a un bulto alargado, cubierto por una lona, que se hallaba detrás del cobertizo. El mecánico miró atentamente al comandante y a cada uno de los miembros de la familia y luego descorrió lentamente la lona.

Bueno, me cuesta explicaros el desencanto que sufrieron Mimsie y los niños. Por la forma en que se había comportado el mecánico, esperaban ver un coche espléndido, un tesoro

escondido. ¿Qué fue lo que vieron, en cambio? Una ruina, nada más. Apenas si vieron los restos, herrumbrosos y retorcidos, de un coche de cuatro asientos, bajo y muy largo, y cuya pintura verde se desprendía en largos jirones.

—Bueno, aquí está —dijo el mecánico, tristemente—. En un tiempo era conocido en todos los circuitos europeos. Todos los grandes corredores ingleses lo condujeron en alguna ocasión. Como ustedes ven, todavía luce la pintura verde de los coches de carrera ingleses. Pero eso era hace muchos años. Es un Paragon Panther de ocho litros y doce cilindros. Sólo se

construyó este coche: luego, la firma quebró. Ya sé que ahora parece muy poca cosa. Supongo que habrá que venderlo como hierro viejo. No puedo tenerlo porque no dispongo de espacio. Ya me las he arreglado para que la semana próxima vengan a buscarlo. Van a llevarlo a uno de esos lugares donde convierten a los autos viejos en cubos de metal prensado. Una grúa los recoge y los arroja al interior de una gigantesca prensa hidráulica. Un solo movimiento y basta: el auto queda convertido en una especie de bizcocho metálico, que luego se pone en el horno para fundirlo y extraer el metal. Es una lástima, ¿no? Casi puede decirse que se le ve en los

ojos, esos faros de carrera Marchal, que sabe lo que le espera. Pero la cosa no tiene remedio. Ya ve usted en qué estado se encuentra; habría que gastar cientos de libras para ponerlo de nuevo en condiciones. Eso, suponiendo que alguien pueda permitirse el lujo de tener un coche como éste.

El comandante parecía estar muy interesado.

—¿Me permite que lo inspeccione?

—Adelante —el mecánico movió tristemente la cabeza—. Seguro que apreciará una última mirada de una persona como usted, que sabe lo que es un buen auto.

Toda la familia se abrió paso,

sorteando las manchas aceitosas del suelo, hacia el viejo automóvil. Mientras el comandante Pott inspeccionaba el motor, Mimsie, Jeremy y Jemima se dedicaron a palpar el tapizado de cuero, que había sido muy hermoso —¡las polillas salieron volando!—, a levantar las alfombras de la parte delantera y trasera — ahuyentando a muchos insectos— y a examinar los botones, interruptores y relojes del tablier —los había por docenas, todos oxidados y mohosos—. Luego, oprimieron el globo de goma de la antigua bocina en forma de boa constrictor, pero por el otro extremo sólo salió polvo, que fue a caer sobre la

cara del comandante, absorto en el examen del motor. Los niños miraron a Mimsie, y Mimsie miró a los niños y, ¿sabéis una cosa? No se miraron con tristeza, ni sacudieron la cabeza. En las miradas de todos se leía un solo pensamiento: «En un tiempo, éste debió de haber sido el coche más bonito del mundo. Si el motor está más o menos bien, y si todos nos ponemos a pintar, lavar, remendar y pulir, ¿no os parece que podríamos restaurarlo? Así tendríamos un coche especial, en vez de uno de esos escarabajos negros que parecen todos iguales. Tendríamos un verdadero tesoro, algo que toda la familia conservaría con cariño».

El comandante Pott sacó la cabeza del interior del capot. Miró a su familia, adivinó lo que pensaban y, sin decir palabra, se volvió hacia el mecánico.

—Se lo compro. Vamos a dejarlo como nuevo. ¿Cuánto pide?

—Cincuenta libras —repuso el mecánico—. No me darían más si lo vendiera como chatarra.

El comandante Pott sacó los billetes, los contó y se los entregó sin más.

—Muchas gracias. Ahora, le ruego que lleve el coche hasta mi casa lo más pronto posible.

¿Y a que no imagináis lo que pasó? El mecánico tenía lágrimas de felicidad en los ojos cuando se despidió de los

Pott estrechando la mano de cada uno de ellos. Antes de que subieran al taxi, les dijo con toda seriedad:

—Comandante Pott, señora Pott, señorito Pott y señorita Pott: jamás lamentarán haber comprado este auto. Les va a dar muchas satisfacciones. Ustedes lo han salvado de que lo vendiera como chatarra y estoy seguro de que algún día les va a devolver el favor que le han hecho.

Cuando el taxi se perdió de vista, el mecánico aún seguía saludando con la mano.

Mientras iban en el taxi, Jemima susurró al oído de Jeremy, que iba sentado en el asiento delantero, al lado

del chófer:

—Jeremy, ¿observaste algo muy misterioso en la chapa que colgaba de la parte trasera del auto?

—No tenía nada de misterioso — contestó Jeremy, con acento burlón—. Era simplemente «gen diez».

—Precisamente —repuso Jemima, con animación—. «Gen 10» ¿No te das cuenta de que las tres letras y los dos números forman una palabra: «genio»? Los genios son magos, una especie de espíritus con poderes sobrenaturales, como en el cuento de Stevenson: *El genio de la botella*. ¿Recuerdas?

—Hum —repuso Jeremy, pensativamente—. Hum. Hum. Hum.

Y los dos hermanitos permanecieron en silencio reflexionando sobre aquella extraña coincidencia, hasta que llegaron a su casa.

Al día siguiente. Jeremy y Jemima salieron para el pensionado, por lo que no pudieron presenciar la llegada del nuevo coche, o, mejor dicho, de lo que quedaba de él, a remolque de una grúa. Mimsie les contó los detalles y les dijo que inmediatamente el comandante Pott se encerró con el viejo coche en su taller, del que sólo salía para comer y dormir.

Durante tres meses, es decir, durante

todo el verano, el comandante trabajó secretamente en la ruina del viejo Paragon, y Mimsie les contó que veía salir mucho humo por la chimenea y que a veces veía la luz encendida durante toda la noche, mientras su marido seguía encerrado. De toda Inglaterra llegaban paquetes misteriosos que desaparecían en el interior del taller.

Mimsie escribió a los niños que su padre había pasado por períodos de desaliento e impaciencia, de frenesí y de júbilo, de pesadumbre y de euforia, de pesadillas y de falta de apetito, pero que poco a poco, semana tras semana, había empezado a tranquilizarse y a sentirse más contento hasta que, ya cerca de las

vacaciones, no dejaba de sonreír y de restregarse las manos. Por último, llegó el día memorable del regreso de Jeremy y Jemima y de la reunión solemne de toda la familia ante la puerta del taller. El comandante Pott descorrió el cerrojo de la puerta y les invitó a contemplar, bajo una brillante luz, la espléndida realidad del Paragon Panter de doce cilindros.

Mimsie, Jeremy y Jemima miraron y miraron y miraron, hasta que Jemima rompió el silencio para decir:

—¡Pero si es el coche más hermoso del mundo! Mimsie y Jeremy se limitaron a asentir con la cabeza y siguieron contemplando el coche con

ojos asombrados.

En verdad que era un coche hermosísimo. Había sido completamente restaurado, y todas sus partes estaban recién pintadas, cromadas y pulidas, incluso la bocina en forma de boa constrictor.

Lentamente, dieron la vuelta al coche y lo examinaron centímetro a centímetro: desde las filas y filas de relucientes botones del tablier hasta la flamante tapicería de cuero rojo oscuro; desde el descapotable de color crema hasta los neumáticos nuevos: desde el brillante cromado de los enormes tubos de escape que culebreaban al salir de los agujeros del reluciente capot verde

hasta la bruñida chapa que decía «Gen 10».

Sin decir palabra, subieron al coche, abriendo y cerrando las portezuelas, que hacían un ruidito de lo más gracioso. El comandante Caractacus Pott tomó asiento detrás del gigantesco volante, y Mimsie se instaló a su lado, en un asiento individual con brazos, mientras que Jeremy y Jemima ocuparon el asiento trasero, hundiéndose en los mullidos almohadones de cuero rojo, separados por un brazo acolchado.

Luego, sin decir nada, el comandante Pott se inclinó hacia delante y oprimió el voluminoso botón negro del arranque automático.

Al principio, no ocurrió nada. Luego se oyó el suave zumbido del motor. Jeremy y Jemima cambiaron una mirada ansiosa. ¿Acaso no iba a arrancar?

Pero entonces el comandante Pott tiró del botón plateado del aire, para aumentar la alimentación de combustible en el carburador, y volvió a oprimir el arranque. De los tubos de escape salieron cuatro ruidos, bien claros y fuertes: «Chitty Chitty Bang Bang». Había una marcada pausa entre cada uno de ellos; se sucedían como dos fuertes estornudos y dos pequeñas explosiones. Luego, silencio.

Jeremy y Jemima volvieron a mirarse, ahora verdaderamente

preocupados. ¿Acaso algo andaba mal? Pero el comandante Pott no se inmutó. Y dijo:

—El motor está un poco frío. Ahora vais a ver. Volvió a oprimir el arranque, y esta vez, después de los dos ruidosos «Chitty» y los dos suaves «Bang», los «Bangs» se multiplicaron en rápida sucesión hasta formar un delicioso ronroneo que Mimsie, Jeremy y Jemima no habían oído nunca en ninguna máquina. El comandante Pott puso la primera y lentamente, a la luz del sol, sacó el coche del taller, y luego al camino vecinal que conducía a la carretera. Las ballestas eran suaves como la seda, y el delicioso ronroneo

seguía surgiendo de los gigantescos tubos de escape.

Cuando llegaron al camino vecinal, el comandante Pott oprimió la pera de la bocina y lanzó un profundo, cortés, pero levemente amenazador, rugido, y después, como quería que los chicos empezaran a conocer los mecanismos del auto, apretó el botón de la bocina eléctrica, situado al centro del volante. El claxon emitió entonces un terrorífico alarido de advertencia: «¡ga-guuu-ga!». Luego, enfiló hacia la carretera y dio comienzo al primer viaje de prueba.

Bueno, lo único que puedo decirles es que el larguísimo y refulgente coche verde parecía volar. Con un leve *clic* de

la palanca de cambios, el comandante Pott salió de la primera y puso al coche en segunda a 65 kilómetros por hora, y con otro *clic* lo puso en tercera, a 100 kilómetros por hora. Cuando iba a 160 kilómetros por hora, cambió a directa y el Paragon Panther adelantó a todos los demás coches como si estuvieran parados en la carretera.

«¡Ga-guuu-ga!», gritaba el claxon una y otra vez mientras corrían por la amplia y segura autopista de dos calles, y los conductores de los pequeños escarabajos negros alzaban la vista hacia sus espejos retrovisores y veían aquel gigantesco monstruo verde que se les echaba encima. Entonces se hacían a

un lado y decían: «Pero ¿qué es eso? ¡Qué coche más sensacional!». Pero ya el auto verde los había sobrepasado y les llegaba el aullido de los tubos de escape, de modo que sólo atinaban a tomar nota del número, «Gen 10», aunque ninguno se daba cuenta de su significado. Apenas si advertían que era una singular combinación de letras y cifras, fácil de recordar.

Así fue como «Chitty-Chitty-Bang-Bang» llegó al final de la carretera. Entonces el comandante Pott giró cuidadosamente para colocar el coche en la otra calle y emprender el regreso al hogar. Jeremy y Jemima observaron, fascinados, cómo la aguja del

velocímetro subía y subía hasta llegar a 160 y allí quedaba clavada hasta el momento en que enfilaron el camino vecinal que llevaba a la casa. Al aproximarse al cruce, el comandante Pott accionó los poderosos frenos hidráulicos hasta que el coche parecía apenas arrastrarse al salir de la carretera y entrar en el camino, y luego en el sendero que terminaba ante el portón del taller. Cuando el comandante Pott apagó el motor, éste lanzó un último «Chitty-Chitty», exhaló un suspiro de satisfacción y se quedó en silencio.

Todos se apearon, y el comandante Pott se volvió hacia su esposa e hijos con un fulgor de triunfo en la mirada:

—Bueno, ¿qué os parece?

Mimsie dijo:

—¡Fantástico!

Jeremy dijo:

—¡Formidable!

Y Jemima dijo:

—¡Adorable!

Por su parte, el comandante Pott, con aire misterioso, dijo:

—Bien, me alegro. Pero quiero que estéis prevenidos. Este coche tiene algo raro. He aplicado en él todo lo que sé, todas mis invenciones y perfeccionamientos mecánicos, así como una buena parte de las mil libras que recibí de Lord Skrum-shus, pero el coche tiene algo más... Como quien

dice, ideas propias.

—¿Qué quieres decir? —
preguntaron todos a coro.

—Bueno —repuso el comandante Pott, pensativo—, no lo sé con exactitud, pero a veces, por las mañanas, cuando vengo a trabajar en la máquina, encuentro ciertas modificaciones, que se han producido ciertos cambios, puede decirse que espontáneamente, durante la noche, en mi ausencia. Se trata de adaptaciones, ¿cómo decirlo?, extraordinarias y aun revolucionarias. No puedo decir nada más, porque todavía no sé en realidad qué es lo que está pasando, pero sospecho que este automóvil ha pensado por sí mismo

ciertos perfeccionamientos mecánicos verdaderamente excepcionales, como si estuviera agradecido porque le salvamos la vida y quisiera devolvernos el cariño que le hemos brindado. Y eso no es todo. ¿Ven esas filas de botones, interruptores y palancas y luces del *tablier*? Bueno, a decir verdad, todavía no sé para qué sirven, pero algunos de esos mecanismos tienen funciones secretas. Supongo que, con el tiempo, vamos a descubrir para qué sirven, pero por ahora me tienen completamente desconcertado. Parece que el coche no quiere que yo me entere.

Jeremy dijo entonces, con entusiasmo:

—Tenemos que darle un nombre. Y ya sé cuál le vamos a poner: el mismo que él eligió.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué nombre es ése?

—¿Cuándo se puso nombre él mismo?

Con toda calma, Jeremy contestó:

—Cuando se puso en marcha y dijo primero «Chitty-Chitty», y después «Bang-Bang». Ése es el nombre que tenemos que darle, porque lo inventó él mismo.

Los demás se miraron y sonrieron. El comandante palmeó al coche en el morro y con voz sonora y solemne proclamó:

—Escúchame, Paragon Panther de doce cilindros y ocho litros: desde hoy quedas bautizado con el nombre de...

Y entonces todos gritaron a coro:

—«Chitty-Chitty-Bang-Bang».

Después, salieron del taller y se pusieron, muy contentos, a hacer todas las cosas que habían descuidado durante aquella tarde de felicidad.

El día siguiente era sábado, y como estaban a mediados de agosto hacía un calor verdaderamente infernal. A la hora del desayuno, el comandante Pott anunció:

—Hoy —dijo— va a hacer un calor infernal. Sólo podemos hacer una cosa, o sea, organizar un *picnic* en la playa.

«Chitty-Chitty-Bang-Bang» nos llevará a toda velocidad por el camino de Dover.

Por supuesto, la idea fue del agrado de todos, y mientras el comandante Pott, acompañado por Jeremy y Jemima, fue a aprestar el coche, a poner gasolina en el depósito, agua en el radiador, aire en los neumáticos y a limpiar del parabrisas los insectos aplastados durante la tarde anterior, pasar un plumero por la carrocería y pulir las partes cromadas, Minnsie se ocupó en llenar un cesto con huevos duros, salchichas frías, empanadas de pan con mantequilla, pasteles rellenos —que, como todos los buenos pasteles, tenían más relleno que masa— y botellas y botellas de

limonada y naranja.

Luego todos subieron al coche y, con la capota baja, después de escuchar los consabidos estornudos y explosiones de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se pusieron en marcha por el sendero hacia la carretera. Dover estaba sólo treinta kilómetros, de modo que esperaban llegar pronto. ¡Pero, pero, pero! ¡Una vez más, pero! Otros veintiséis mil seiscientos cincuenta y cuatro automóviles, repletos de otras tantas familias —ésta fue la cifra dada oficialmente al día siguiente por la Asociación de Automovilistas—, que también habían resuelto tomar el camino de Dover para ir a la playa aquella

hermosa mañana sabatina, formaban una fila interminable que apenas se movía.

El comandante Pott conducía con la mayor habilidad, adelantando cuando podía hacerlo sin peligro, infiltrándose como una víbora entre los demás automóviles, tomando atajos y caminos vecinales para eludir los embotellamientos. Pero aun así avanzaban muy despacio, a pesar de algunas corteses advertencias de la pera de goma y también, lamento decirlo, de un ocasional rugido del claxon —«¡gaguu-ga!»—, cuando algún insolente escarabajo negro se plantaba en medio del camino obstruyendo el paso a «Chitty-Chitty-Bang-Bang». No se podía

ni pensar en ir a ciento sesenta kilómetros por hora; apenas si era posible marchar a veinte. Todos ellos, tanto el comandante Pott como Mimsie, Jerenny y Jeminna, empezaron a irritarse e impacientarse, e incluso «Chitty-Chitty-Bang-Bang» comenzó a manifestar su enojo echando vapor por la tapa del radiador, que estaba coronada —había olvidado contarles esto— por una pequeña mascota de plata en forma de aeroplano, cuya hélice giraba con más y más rapidez a medida que aumentaba la velocidad del auto.

Y aunque ellos no podían verlos, los grandes ojos de los faros delanteros de «Chitty-Chitty-Bang-Bang», que tanto

habían brillado de entusiasmo y felicidad el día anterior, empezaron a manifestar cada vez más iracundia e impaciencia, de modo que quienes, a través de las ventanillas traseras de sus coches, contemplaban admirados a aquel fulgurante dragón verde, empezaron a temer que quisiera comerse a toda la fila de escarabajos negros que taponaban el camino e impedía el acceso de su familia a la playa.

Con todo, avanzaban lenta pero con seguridad, hasta que llegaron a las afueras de Canterbury, donde tropezaron con una impenetrable fila de coches que debía de tener más de un kilómetro de largo. Y allí se quedaron, atascados al

final de la fila; realmente parecía imposible que pudieran llegar hasta la playa para disfrutar del ansiado *picnic*, y menos aún para nadar un rato antes del almuerzo.

De pronto, el comandante Pott echó un vistazo al tablier y reparó en algo que ocurría del lado izquierdo, frente al asiento de Mimsie.

—¡Atención, observad esto!

Mimsie miró, y Jeremy y Jemima miraron por encima del asiento delantero, y todos vieron, entre los distintos botones y relojes, una lucecita rosada que se había puesto a guiñar. Y a cada guiño mostraba una palabra: «Tire», encima de una palanca.

—¡Cielos! —exclamó el comandante Pott—. Siempre me pregunté para qué era esa luz y qué función tenía esa palanca, pero no tuve tiempo de hacer la prueba. ¿Para qué servirán?

—¡Mirad! —exclamó Mimsie—. ¡La luz se está poniendo roja!

Y así era; sólo que ahora aparecía otra palabra. ¿Y sabéis qué palabra era ésta? La palabra «idiota». De manera que ahora la lucecita enojada decía: «¡Tire, idiota!». El comandante Pott lanzó una carcajada y dijo:

—¡Ésta sí que no me la imaginé! ¡Vaya atrevimiento! Así que ahora «Chitty-Chitty-Bang-Bang» toma el mando y, para colmo, me llama idiota.

Bueno, veamos que es lo que quiere.

Entonces se inclinó y tiró de la palanquita plateada.

Los niños y el resto de la familia contuvieron el aliento, esperando con emoción lo que iba a pasar.

Lo primero que pasó fue un cambio en el ruido del motor, que se convirtió en una especie de zumbido. Parecía salir de todo el auto: del eje delantero y del eje trasero, y del interior del capot. Y luego empezó a ocurrir la más extraordinaria transmutación —palabra larga que quiere decir «cambio»— imaginable. Los anchos guardabarros delanteros giraron hacia afuera, quedando adosados a la carrocería

como alas de un avión, y los guardabarros, más pequeños, de la parte trasera hicieron lo propio, convirtiéronse en timón de cola —¡por suerte la carretera era ancha y había una sola fila de coches, pues de otro modo las relucientes alas verdes hubieran causado muchos destrozos!—. Las alas entraron en posición produciendo un *clic*, y, al mismo tiempo, aunque la familia no podía verlo, la parrilla del radiador se abrió como una puerta y la hélice del ventilador, junto con el volante inferior que impulsa la bomba de gasolina y el generador eléctrico, se deslizaron hacia delante hasta quedar apuntando hacia afuera, frente al motor.

Entonces apareció en el tablier, al lado de otra palanquita, una luz verde que guiñaba y decía: «Para abajo». El comandante Pott, algo nervioso, pero sin vacilar, se inclinó e hizo bajar lentamente la palanquita.

Y, entonces, ¿a que no os imagináis lo que sucedió?

Eso fue exactamente lo que sucedió. Las alas se perfilaron lentamente y cuando el comandante Pott, que por fin se daba cuenta de lo que se proponía «Chitty-Chitty-Bang-Bang», oprimió el pedal del acelerador, el gran coche verde, que ahora se había transformado en un aerocoche, respingó su brillante nariz verde y plateada y despegó. ¡Eso

es! Despegó como un avión y pasó por encima del coche que tenía delante, esquivando apenas el techo, y luego voló por encima de la larga fila atascada, mientras los ocupantes de los coches no salían de su asombro ante aquella aparición. El comandante Pott sólo atinó a gritar:

—¡Por amor de Dios, agarraos bien, todos!

Mimsie, Jeremy y Jemima se aferraron donde pudieron y se quedaron paralizados por la excitación, con los ojos y la boca muy abiertos, pensando: «¡Santo cielo! ¿Qué va a pasar ahora?».

Bueno, lo que pasó fue que se oyó un agudo chirrido de engranajes y luego

cuatro golpes sordos debajo del coche, «tum, tum, tum, tum», a medida que las cuatro ruedas se encogieron en la carrocería para no molestar y permitir así que el aerocoche volase con más rapidez, oponiendo menos resistencia al viento.

El comandante Pott seguía asido al volante, pero ahora sin ninguna inquietud.

—Ya os lo había dicho —gritó para hacerse oír sobre el ruido del motor y del viento—. ¡Este coche tiene ideas propias! ¡Es un coche mágico! ¡No os preocupéis, ya veréis cómo nos cuida bien!

Con suma atención, giró el volante

para ver qué pasaba. Y como no podía ser menos, la proa del coche obedeció, de modo que, tras unas breves maniobras para acostumbrarse a la dirección, el comandante Pott se dirigió rectamente hacia la alta torre de la catedral de Canterbury, pasando por encima de la larga línea de automóviles en los que la gente se asaba al sol, aspirando los gases que emanaban de los tubos de escape de los coches que tenían delante.

Paulatinamente, a medida que fueron cobrando confianza, Mimsie, Jeremy y Jemima se arrellanaron con más comodidad en sus asientos. El cabello rubio de Jemima flotaba en el viento

como una bandera amarilla, y el cabello de Jeremy se revolvía como agitado por un huracán.

Siguieron volando sobre la compacta fila de autos —altitud, 160 metros; velocidad 160 kilómetros por hora; temperatura del motor, 49 grados; temperatura exterior, 21 grados; revoluciones de la hélice, 3.000 por minuto; visibilidad, 8 kilómetros— y sobrevolaron el río que discurre por Canterbury y va hacia la costa, las casas y los campos, asustando a las vacas, los caballos y las ovejas, que huían de un monstruo verde desconocido para ellos y cuya sombra les perseguía en el suelo.

Al llegar a Canterbury, el comandante Pott insistió en volar alrededor de la torre de la catedral, con lo que ahuyentó de sus nidos y refugios a las palomas y golondrinas, que a causa de la sorpresa y el susto salieron de estampía; luego se dirigió hacia el bosque, apartándose del camino de Dover, en dirección al distante y majestuoso castillo de Dover, que en su torre más alta ostentaba el pabellón británico.

Desde luego, a la velocidad en que iban, al cabo de pocos minutos estaban ya sobre el castillo. Entonces el comandante Pott insistió en volar también en torno a la torre para que la

familia —y, de paso, «Chitty-Chitty-Bang-Bang»— pudiera ver cómodamente a los soldados que hacían ejercicios en el patio interior, quienes, a su vez, levantaron la mirada, provocando la ira del sargento mayor. Confidencialmente, os diré que «Chitty-Chitty-Bang-Bang» tuvo suerte de escapar sin que los soldados le dispararan un balazo, porque, al fin y al cabo, no ostentaba ningún signo de identificación, salvo la chapa que decía «Gen 10», y los soldados bien podían pensar que se trataba de un avión extranjero que iba a atacar el castillo, o tal vez de una bomba volante, que era en realidad lo que parecía.

Sin embargo, todo salió bien y siguieron volando hacia la costa en busca de un lugar para aterrizar junto al mar azul. Pero todas las playas —St. Margaret's Bay, Walmer, Deal, Sandwich, Ramsgate— estaban atestadas de familias que habían tenido la misma idea de la familia Pott. Los pasajeros del «Chitty-Chitty-Bang-Bang» empezaron a ponerse melancólicos al ver las hermosas playas, los bañistas, los botes y lanchas y los charcos entre las rocas, que seguramente albergaban grandes cantidades de anguilas, cangrejos y valiosas conchas. Todos estaban ansiosos por lanzarse al agua y

desempaquetar las sabrosas viandas que Mimsie había puesto en el cesto.

Entonces, ocurrió una cosa extraña. El volante giró, realmente giró, en las manos del comandante Pott, como si «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se diera cuenta del desencanto de sus pasajeros y tomara el control del viaje en sus manos. ¿Y sabéis una cosa? «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se alejó de la costa y puso proa hacia el canal de la Mancha, hasta que se encontró sobre el mar abierto.

Todos los miembros de la familia Pott volvieron a contener el aliento, mientras el comandante luchaba con el volante y empezaba a ponerse nervioso. Pero en este instante la luz verde

empezó a guiñar, y ahora, en vez de decir «Para abajo», decía «Para arriba».

El comandante levantó con suavidad la palanquita plateada y, también lentamente, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» empezó a perder altura y a planear hacia abajo.

—¡Dios mío! —gritó Mimsie—. ¡Nos va a arrojar a todos al mar! ¡Ahora sí que estamos en peligro! ¡Preparaos todos para el chapuzón! ¡Los almohadones flotan! ¡El bote salvavidas de los guardacostas nos verá, y si nos mantenemos a flote podremos salvarnos!

—¡No te asustes, querida Mimsie! —gritó el comandante Pott, sobre el rugido del viento—. No nos va a pasar

nada. Creo que «Chitty-Chitty-Bang-Bang» sabe lo que está haciendo. Mira hacia dónde vamos. Ése es el banco de arena, Goodwin Sands, que queda al descubierto cuando baja la marea. En verano, hasta juegan al fútbol sobre esas arenas. Dover y Deal disputan un partido y lo terminan antes de que suba la marea. Después se van en bote. Y allí está el famoso faro de Goodwin. Tiene una de las bocinas de niebla más potentes del mundo, y un gran fanal giratorio, para avisar a los buques que pasan. ¿Ves al borde del banco los mástiles de los buques hundidos? Creo que aquí han naufragado más buques, desde el tiempo de los romanos, que en

cualquier arrecife, escollo o banco de arena del mundo entero. Hace siglos que estas arenas son un sepulcro de buques.

—¿Podremos hallar algún tesoro? —preguntó Jeremy, excitado.

—Me temo que no —repuso el comandante Pott—. Siempre que hay un naufragio en esta zona, especialmente en noches oscuras y con niebla, que es cuando ocurren la mayoría de los naufragios, los ladrones de barcos —«salteadores», se les dice desde hace siglos— acuden desde la costa en sus botes a vela; no usan lanchas a motor para no hacer ruido y para que, de ese modo, su presencia no sea advertida por la tripulación del buque faro, que

entonces podría avisar por radio a un patrullero naval para que viera y detuviera a los ladrones y dejara una guardia en el buque naufragado. Bueno, los salteadores llegan en silencio, por la noche, y roban lo que encuentran; dejan el barco limpio de todo lo que pueda transportarse y escapan furtivamente antes del amanecer. Entonces, cuando, a la mañana siguiente, llega desde Dover el equipo de salvamento, para salvar la carga y quizá remolcar al buque a aguas profundas, se encuentra con una casa vacía, como quien dice. Los salteadores lo han desvalijado totalmente, dejándolo como una gallina desplumada. Y después, cuando la Policía recorre la

costa en busca de los asaltantes, nadie sabe nada, desde luego, y no hay rastros de lo robado, porque se lo han llevado tierra adentro en camiones pertenecientes a la organización de ladrones de buques. Eso es lo que ocurre en esos casos. Igual que en los tiempos en que los salteadores acostumbraban a cambiar de posición las boyas y balizas, a fin de conducir a los buques hacia los arrecifes. Eso pasaba hace siglos, pero todavía hay gente mala que hace lo mismo. Por supuesto, es un trabajo peligroso, porque hay que navegar de noche, con niebla y a veces con tormenta, pero los ladrones de barcos son hombres duros,

dispuestos a correr un albur a cambio de un valioso cargamento de carne y mantequilla de Dinamarca, de aparatos de radio y televisores de Alemania, e incluso, a veces de lingotes de oro en viaje hacia algún Banco de Londres.

Mientras el comandante Pott contaba estas cosas tan interesantes, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» planeaba suavemente en dirección de la vasta extensión de arenas doradas, lamidas por las blandas olas azules del canal de la Mancha y circundadas por los mástiles y cascos semihundidos de barcos, que siempre aparecen con la marea baja. Los tripulantes del buque faro salieron a cubierta y saludaron a la familia Pott

cuando pasó por encima de ellos, a poca altura. Luego, como la lucecita verde seguía haciendo guiños, el comandante Pott retiró gradualmente el pie del acelerador. Las ruedas volvieron a su posición normal y tocaron la superficie dura y lisa del arenal, en un aterrizaje perfecto. El aerocochete corrió un trecho y luego el comandante Pott frenó, haciendo detener a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» al borde del agua. Inmediatamente se encendió la luz roja y dijo: «Para arriba» —esta vez no agregó: «Idiota».

El comandante Pott levantó con suavidad la palanquita plateada y se volvió a oír el zumbido de antes a

medida que las alas delanteras y el timón trasero se replegaban para transformarse de nuevo en guardabarros, y que la hélice y el generador retrocedían y se cerraban las dos mitades del radiador. Por último, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» lanzó dos estornudos y dos pequeños estampidos, el comandante Pott paró el motor y lo único que quedó fue un automóvil verde, completamente normal, tranquilamente estacionado en un banco de arena en medio del mar.

Toda la familia exhaló un hondo suspiro de alivio y se precipitó fuera del coche, hacia las tibias arenas. Pero antes de ponerse el traje de baño, todos los

miembros de la familia, de común acuerdo, se acercaron a «Chitty-Chitty-Bang-Bang», le dieron unas palmaditas en el capot, que todavía estaba caliente, y dijeron a coro:

—¡Muchas gracias, «Chitty-Chitty-Bang-Bang»! ¡Eres una verdadera maravilla!

Y, aunque os parezca raro, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» emitió una especie de prolongado suspiro de satisfacción, que estoy seguro no era otra cosa que vapor del radiador, y bajó sus grandes faros delanteros en una manifestación de modestia y timidez, exactamente como Jemima baja los ojos cuando la felicitaban por una buena nota en la

escuela o en la clase de baile, o cuando a Jeremy le festejaban un triunfo en la clase o en el campo de deportes.

Luego, todos fueron corriendo a ponerse el traje de baño. Y después de nadar como delfines y chapotear un rato y de trepar a los restos de barcos hundidos, donde Jeremy encontró interesantes piezas de maquinaria, y Jemima descubrió una vieja brújula que el comandante Pott dijo que podía arreglar fácilmente, todos se sentaron en torno al cesto de Mimsie, en medio del arenal, y dieron cuenta de los huevos duros, de las salchichas frías y de los pasteles de mermelada de fresas, hasta no dejar ni uno solo. Luego, contentos y

somnolientos a consecuencia del excelente almuerzo, y agotados, además, por tanto ejercicio y tanta excitación, se fueron adormilando sobre la blanda arena, arrullados por el rumor de las olas.

Pero...

Pero...

Pero...

Ninguno de ellos se dio cuenta de que la marea había empezado a subir.

Ninguno de ellos se dio cuenta de que los mástiles de los barcos hundidos empezaban a acortarse.

Ninguno de ellos oyó el *glu-glu-glu* de las aguas que penetraba, lenta pero persistentemente en los huecos de los

cascos naufragados sobre la arena.

Ninguno —es decir, ninguno de los durmientes— se dio cuenta de que las ruedas de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se hundía, centímetro a centímetro, en el agua de la marea en ascenso. Y ninguno de ellos cayó en la cuenta de que pronto, muy pronto, la familia en pleno, o sea, el comandante Pott, Mimsie, Jeremy y Jemima —y también «Chitty-Chitty-Bang-Bang», que ya, en realidad, era también un miembro de la familia—, iban a quedar aislados en medio del mar... ¡¡expuestos a un peligro mortal!!

AVENTURA NÚMERO DOS

Para empeorar las cosas, empezaba a formarse una de esas brumas de verano, características del canal de la Mancha, que ocultaba a la familia y al coche mágico del buque faro, anclado a corta distancia al sur del banco de arena de Goodwin. A fin de advertirles del peligro que corrían, el buque se puso a tocar su potente bocina de niebla, que es una de las más potentes del mundo, y a

guiñar su deslumbrante luz blanca.

El primero que se dio cuenta del peligro fue «Chitty-Chitty-Bang-Bang». Como comprenderéis, a consecuencia del viaje por tierra y por aire hasta las arenas y del prolongado estacionamiento bajo los rayos del sol se le había calentado el motor. Cuando empezó a subir la marea, haciendo *glu-glu-glu* en los cascos de los buques hundidos y murmurando suavemente al tocar la playa, el agua fue sumergiendo poco a poco las ruedas de «Chitty-Chitty-Bang-Bang». Cuando llegó al fondo del radiador, que estaba caliente, se formó vapor, que escapó dando un fuerte silbido.

Los miembros de la familia abrieron los soñolientos ojos e inmediatamente todos se pusieron de pie. El comandante Pott corrió hacia el coche, subió a él de un salto y apretó el arranque automático. Con un rápido «Chitty-Chitty-Bang-Bang» de alivio, el coche afirmó las ruedas en la húmeda arena, hizo volar la espuma y salió del agua, dirigiéndose, bajo la mano hábil del comandante Pott, hacia el centro del banco de arena, que todavía estaba seco, y donde aguardaba el resto de la familia.

—¡Pronto! ¡Subid todos! —gritó el comandante—. Apenas nos queda espacio para despegar.

Pero no bien Jeremy y Jemima

habían subido al asiento trasero cuando ya los habían alcanzado las primeras olas que se extendían por el liso arenal, cubriendo de nuevo las ruedas del auto.

—¡Dios mío! —exclamó ansiosamente el comandante Pott—. ¡Ahora sí que estamos listos! «Chitty-Chitty-Bang-Bang» no podrá alcanzar suficiente velocidad para despegar desde el agua. Nuestra única esperanza es que el buque faro se dé cuenta del peligro que corremos y mande un bote para rescatarnos. Pero eso quiere decir que tendremos que dejar abandonado al pobre «Chitty-Chitty-Bang-Bang» para que el mar lo cubra por completo. Es probable que durante la noche se deslice

hacia el mar y lo perdamos para siempre.

Con esos tristes pensamientos, todos permanecieron en silencio, mientras el agua seguía subiendo a su alrededor y la niebla se espesaba, sin que se advirtieran señas del bote de rescate. De repente, comprendieron que estaban a punto de perecer ahogados en medio del canal de la Mancha.

A todo esto, el motor de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» había seguido funcionando, pero pronto, de un momento a otro, el nivel del agua alcanzaría el generador eléctrico; entonces se vería el cegador

relámpago azul del cortocircuito y el motor quedaría muerto.

Súbitamente, en medio de los botones, de relojes y palancas del tablier, empezó a guiñar una luz violeta, que decía: «Hágalo girar». Sin pérdida de tiempo, a pesar de que el comandante Pott desconocía los secretos de todos los dispositivos que se amontonaban en el tablier, hizo girar el botón situado debajo de la luz violeta. Entonces, desde la parte inferior del coche llegó un ruido de engranajes que se movían, mientras el chasis parecía levantarse y reacomodarse. La cosa era tan rara que toda la familia se puso a mirar hacia los costados, para ver qué sucedía.

¿Y sabéis de qué se trataba? Estoy seguro de que no lo adivinaréis. Las cuatro ruedas, que estaban en posición vertical como las ruedas de todos los autos, se habían doblado hacia abajo y ahora estaban en posición horizontal. Como era inventor, el comandante Pott comprendió lo que esto significaba y lo que iba a pasar, de modo que apretó lentamente el acelerador, y justamente cuando las olas llegaron al nivel inferior de la carrocería las cuatro ruedas empezaron a girar como hélices. «Chitty-Chitty-Bang-Bang» arrancó y empezó a desplazarse sobre el agua, igual que una lancha a motor, con las cuatro ruedas girando rápidamente e

impulsándolo hacia delante.

Bueno, todo eso estaba muy bien, pero se trataba de un coche pesado con cuatro pasajeros, y sólo podía permanecer a flote si lograba mantener una considerable velocidad. Por eso, el comandante Pott pisó a fondo el acelerador, hasta que «Chitty-Chitty-Bang-Bang», lanzando chorros de espuma a los costados, se deslizó velozmente sobre la superficie del agua, como si fuera una de esas nuevas embarcaciones inglesas denominadas *hovercraft*.

El comandante Pott se las vio y se las deseó para esquivar los mástiles de los buques hundidos en el banco de

Goodwin, maniobrando a través de los altos pilares de hierro oxidado, como si estuviera sorteando una especie de laberinto acuático. Un laberinto peligroso, porque si el comandante no hubiera virado para aquí y para allá en el momento preciso, la familia Pott y su coche habrían terminado como uno de tantos buques naufragados en las arenas de Goodwin. La niebla que los envolvía se arremolinaba al paso del coche, y la bocina del buque faro lanzaba su doble aullido cada dos minutos. La situación era realmente fantasmagórica y peligrosa. A decir verdad, Mimsie, Jeremy y Jeminna contenían el aliento y se aferraban donde podían, temerosos de

que, de un momento a otro, se oyera el fragor de un choque y todos se encontrarán en el mar, nadando para salvar la vida. Pero de un modo u otro el comandante Pott y «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se las arreglaron para sortear todos los obstáculos y pronto salieron al mar abierto, aunque todavía no se habían librado de la niebla.

Todos habían lanzado un hondo suspiro de alivio cuando Jeremy, que tenía un buen sentido de orientación, preguntó:

—Pero, papá, ¿no estamos yendo en dirección contraria? La sirena del buque faro viene de la derecha, pero yo creo que tendríamos que ir hacia el buque y

después seguir viaje hacia la costa.

El comandante Pott replicó, con severidad:

—No debes decir «viene de la derecha», porque ahora todos somos marinos y tenemos que decir «viene de estribor». Así se dice «derecha» en lenguaje marino. «Izquierda» se dice «babor» —hizo girar el volante de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» hacia la izquierda, de modo que el coche viró en esa dirección—. Ahora estamos virando a babor —luego, hizo girar el volante hacia la derecha—. Ahora estamos virando a estribor —y agregó—: Es muy fácil de recordar: babor, izquierda; estribor, derecha.

—Claro que sí —dijo Jeremy—. Pero, papá, sea que vayamos a babor o a estribor, estoy seguro de que estamos yendo en sentido contrario, es decir, alejándonos de Inglaterra.

Al oír esto, el comandante Caractacus Pott puso su cara «secreta», la cara que ponía en las proximidades de la Navidad cuando Jerenny y Jemima preguntaban si iban a recibir los regalos que habían pedido a papá Noel, o poco antes de Pascua, cuando organizaba la búsqueda de huevos pintados. Mimsie, Jeremy y Jemima reconocieron la cara «secreta» del comandante y aguardaron con entusiasmo la sorpresa. Mientras, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» volaba a

través de la niebla, lanzando grandes chorros de espuma con sus ruedas. Entretanto, el sonido de la bocina del buque faro se oía cada vez más lejano.

—Bien —dijo el comandante Pott, con su voz «sorpresa» (que sólo usaba en circunstancias como aquélla)—. Estamos de vacaciones, ¿no?

—Sí —contestaron todos a una.

—Y a todos nos gustaría tener una aventura de vacaciones, ¿verdad?

—Sí —contestaron todos, casi sin aliento.

—Bueno —dijo el comandante Pott—. «Chitty-Chitty-Bang-Bang» es veloz como el viento. El Canal está encalmado como una laguna. Tenemos gasolina en

abundancia, no nos falta aceite y la temperatura del motor es satisfactoria; además, la niebla se levantará a medida que nos alejemos de la costa. Deben de faltar unas veinticinco millas para llegar al otro lado del Canal, y como estamos haciendo alrededor de 30 nudos y un nudo equivale a 1800 metros, lo que nos da una velocidad de unos 50 kilómetros por hora, el viaje entero no puede durar más de una hora. Y como son apenas las cinco de la tarde —aquí hizo una pausa para respirar— y nunca hemos estado en el extranjero, pensé que sería divertido ¡¡ir a Francia!!

—¡Qué maravilla! —exclamó Mimsie.

—¡Qué fantástico! —exclamó Jeminna.

—¡Fenomenal! —exclamó Jeremy.

Por un instante, todos guardaron silencio, pensando en esta colosal aventura. Después, Minnsie dijo:

—Pero no tenemos pasaportes.

Y Jeremy dijo:

—Y tampoco tenemos dinero del que se emplea en Francia. ¿Cómo lo haremos para conseguir francos?

Y Jemima dijo:

—¿Cómo nos las arreglaremos con el idioma? Yo sólo sé decir *oui*, que significa «sí», y *non*, que significa «no». Y con eso no se puede ir muy lejos.

El comandante Pott dijo, con

firmeza:

—Ésa no es forma de enfrentarse con las aventuras. Siempre hay que decir sí, pues de otro modo la vida es muy aburrida. Veamos la cuestión de los pasaportes: desembarcaremos en Calais, que está en línea recta, e iremos a visitar al cónsul británico, que representa a todos los ingleses, de la reina para abajo, a pedirle que nos dé pasaportes provisionales. ¿Dinero? Tenemos libras esterlinas y las cambiaremos por francos. En cuanto al idioma, Mimsie y yo hablamos francés, un poco por lo menos, y si no logramos hacernos entender, encontraremos alguien que hable inglés. El inglés es el idioma que

más se habla en el mundo, y no nos será difícil dar con alguien que lo hable. ¿De acuerdo? A otra cosa. «Chitty-Chitty-Bang-Bang» nos va a llevar hasta Francia. Ahora vamos a encender la radio y a escuchar los informes meteorológicos para la navegación. Además, vamos a virar un poco hacia el Norte, porque hay una corriente bastante fuerte en el Canal; si nos descuidamos, puede arrastrarnos hacia el Sur y vamos a terminar en Portugal o incluso en África, y no queremos que nos ocurra eso, ¿verdad?

—No, claro que no —contestaron todos, con voz firme y decidida.

Entonces, el comandante Pott

accionó los mandos de la radio hasta que encontró la voz familiar que hasta entonces nunca se habían molestado en escuchar. Pero ahora se trataba de algo muy importante. He aquí lo que decía: «Éste es el pronóstico para la navegación en el mar del Norte y el canal de la Mancha: calma absoluta; nieblas aisladas cerca de la costa británica. Perspectiva inmediata: sin cambios».

El comandante Pott apagó la radio.

—Bueno, está bien. Pero ahora tenemos que mantener los ojos y los oídos bien abiertos. El canal de la Mancha está siempre repleto de buques que van a Londres o vienen de allí,

porque Londres es el puerto más activo del mundo. Y también hay buques que vienen de Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega, y hasta de Rusia, que se dirigen a la India, África y América, e incluso a China y Japón. Barcos de todas las nacionalidades pasan por el Canal, de modo que tenemos que estar alerta o se nos llevarán por delante.

Por cierto que, mientras el comandante hablaba se oyó el tremendo resoplido de las máquinas de un gran buque que se aproximaba. El comandante hizo sonar el claxon a manera de sirena de niebla, «ga-guuu-ga, ga-guuu-ga», para prevenir al buque grande. A través de la niebla se oyó una

serie de profundos «muuuu», como los que emitiría una gigantesca vaca de hierro, y luego se perfiló, directamente al frente, la proa de un enorme buque de pasajeros, pintado de blanco.

Bueno, sólo puedo deciros que pasó muy cerca de ellos, y que los miembros de la familia Pott pu-ieron ver a una fila de pasajeros acodados sobre la borda, contemplando con asombro a un automóvil verde que, utilizando las ruedas como hélices horizontales, navegaba por el medio del canal de la Mancha. Después, la alta popa se hundió en la niebla, dejando al automóvil boyando agitadamente en su estela.

—¡Uffffff! —exclamaron todos, más

o menos al mismo tiempo—. ¡Nos escapamos por muy poquito!

Por su parte, el comandante Pott añadió, no sin algo de injusticia, en opinión de los demás:

—¡«Chitty-Chitty-Bang-Bang», por amor de Dios, a ver si miras por donde vas!

Esto le dio una idea: encendió las luces de niebla e hizo sonar el claxon repetidas veces.

Oyeron pasar a muchos otros barcos en ambas direcciones, canal arriba y canal abajo, y una vez divisaron el periscopio de un submarino que emergió de las profundidades para echarles un vistazo y en seguida volvió a

sumergirse. Se imaginaron cómo corría la voz entre los ochenta o noventa tripulantes —porque los submarinos grandes llevan mucha gente—: «¡Ésta sí que es buena! ¡Tenemos un auto sobre nuestras cabezas!».

Repentinamente, la niebla se disipó y se encontraron bajo la luz del sol, frente a los blancos acantilados de la costa francesa, que se erguían en el horizonte. Todos lanzaron un grito de júbilo, ante la sorpresa de la tripulación de un *schuyt* holandés que pasaba por allí —se trata de una pequeña barca, muy común en el Canal; en holandés, el nombre se pronuncia «*skut*»—. Los marinos holandeses saludaron con un

«¡hurra!» entusiasmado el paso de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» por el mar en calma.

La familia Pott siguió su rumbo, acercándose cada vez más a Francia, y el comandante Pott dijo que ya era hora de virar hacia el Norte, a fin de entrar en la bahía de Calais. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. La corriente, muy fuerte, los impulsaba hacia el Sur, y cada vez que el comandante hacía girar el volante para dirigirse al Norte, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» aminoraba la marcha porque las ruedas no podían dar vueltas como hélices y cambiar de

dirección al mismo tiempo. El comandante Pott, y en realidad, la familia entera, empezaron a preocuparse porque todo hacía suponer que iban a tocar tierra en una playa al pie de los acantilados de piedra caliza, que eran tan altos y empinados como los de la costa inglesa cerca de Dover. En efecto, las aguas eran cada vez menos profundas, hasta que en un momento dado se encontraron tocando la playa, y entonces la luz violeta del panel dijo urgentemente: «Haga girar». Cuando el comandante Pott hizo girar el botón, volvió a oírse el ruido de engranajes debajo del chasis, y las ruedas se enderezaron y retornaron a su posición

vertical, de modo que el coche salió rodando a tierra firme.

Como es natural, todos estaban muy contentos de hallarse nuevamente en tierra, pero no por ello era menos cierto que estaban atascados al pie de unos acantilados gigantescos que se levantaban por encima de sus cabezas hasta el cielo, que la marea seguía subiendo y que eran más de las seis de la tarde, de modo que sólo quedaban unas tres horas de sol. Indudablemente, la familia Pott y «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se encontraban en una situación sumamente peligrosa.

El comandante Pott dijo, resueltamente:

—Bueno, de nada nos servirá quedarnos aquí y poner caras largas. Tenemos que dividirnos en dos equipos y explorar sin demora a la izquierda y a la derecha de la base del acantilado a ver si encontramos algún refugio por encima del límite de la marea, donde podamos pasar la noche. ¿De acuerdo? Bien, tú, Jemima, ven conmigo, por la izquierda, y Mimsie y Jeremy que vayan por la derecha. Ojalá encontremos un lugar seguro, porque, si no, tendremos que volver al mar, y ninguno de nosotros quiere pasar la noche en el Canal, ¿verdad?

Fue Jerenny, que salió corriendo delante de Mimsie, quien encontró lo

que buscaban. Al dar la vuelta a un promontorio, bajo el acantilado, de modo que no podía verse desde el mar, ¡estaba la boca de la «cueva»! La entrada era bastante ancha, como el portón de un garaje, pensó inmediatamente Jeremy. Llamó a Mimsie y entró junto con ella, pasando por encima de la resaca de botellas, latas y bolsas de plástico que siempre arrastra la marea. Se dieron cuenta de que, más adelante, la cueva se ensanchaba y se agrandaba. Pero al cabo de unos metros les entró un poco de miedo y los dos pensaron que sería mejor traer a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» para que, con sus potentes faros, iluminase el

tenebroso interior. Así que salieron corriendo sobre las piedras, procurando no caerse, y llamando a gritos al comandante Pott y a Jemima, que no tardaron en regresar al lugar donde Mimsie y Jeremy esperaban, junto a «Chitty-Chitty-Bang-Bang», cuyas ruedas traseras ya estaban peligrosamente cerca del agua.

Cuando el comandante hubo escuchado el relato de su esposa y de su hijo, hizo subir a toda la familia y puso el coche en marcha. Con sus estornudos y explosiones habituales, el auto empezó a moverse lentamente sobre la superficie irregular de la playa, en dirección a la cueva. Al oír el ruido del tubo de

escape, las gaviotas salían disparadas de lo alto de los acantilados, y las vibraciones del potente motor llegaban a arrancar pequeños pedruscos y fragmentos de caliza que caían por la pared del barranco y que un par de veces obligaron a los viajeros a esquivarlos y a cubrirse la cabeza con las manos.

Pero llegaron sin dificultad hasta la boca de la cueva, y el comandante Pott hizo entrar el automóvil, después de sortear, dando un saltito, la espesa línea de resaca.

—Esto es perfecto —dijo el comandante (tuvo que gritar a causa de las repercusiones del «bum-bum-bum»

del tubo de escape dentro de la cueva) —. El suelo está perfectamente seco.

Encendió los grandes faros delanteros. Con gran excitación, todos escudriñaron el interior de la cueva, que parecía ensancharse a medida que se adentraban en la roca, hasta llegar a un recodo.

—Vamos —ordenó el comandante Pott.

Puso a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» en primera y avanzó con cuidado por el suelo de piedra, mientras las explosiones del tubo de escape retumbaban en las paredes y en el techo de la cueva.

Así llegaron al recodo, lo doblaron

y se encontraron en un ámbito aún más vasto. Se veían en las paredes huellas de picos y otras herramientas, lo que significaba que alguien había estado trabajando para ensanchar la cueva. Aquí comenzaba un trecho en línea recta, después venía otro recodo y otro más, pero «Chitty-Chitty-Bang-Bang» seguía su marcha, mientras Jeremy y Jemima —y también sus padres, dicho sea de paso— contenían el aliento a causa de la emoción.

De pronto, el comandante Pott exclamó:

—¡Cuidado!

Se oyó un chasquido muy fuerte, seguido por una imagen terrorífica:

centenares de murciélagos negros salieron volando por encima de las cabezas de los viajeros, hacia la entrada de la cueva. Pero los niños no se asustaron mucho, porque estaban acostumbrados a verlos revolotear, al atardecer, en las proximidades de su casa. Por otra parte, sabían muy bien que no es verdad que los murciélagos se enreden en el pelo de la gente —según cuentan algunas viejas—, porque, como les había explicado su padre, los murciélagos tienen un maravilloso radar en la cabeza, que funciona con ayuda de las puntas de sus grandes orejas, y por eso evitan los choques contra los obstáculos, como podéis observarlo

cualquiera de vosotros viéndolos esquivar los árboles del jardín y picar de vez en cuando para atrapar insectos tan pequeños que son invisibles para el ojo humano.

De modo que los niños se limitaron a mirar con curiosidad el precipitado vuelo de los murciélagos por encima de sus cabezas, hasta que desaparecieron. Para entonces «Chitty-Chitty-Bang-Bang» había alcanzado el próximo recodo. Ahora estaban muy lejos de la entrada y se habían internado profundamente en el acantilado, y todos se preguntaban con cierta ansiedad qué encontrarían una vez que «Chitty-Chitty-Bang-Bang» hubiera sorteado aquella

curva, en medio de las lisas paredes blancas.

Debo reconocer que lo que encontraron fue tan chocante que hasta el tubo de escape de “Chitty-Chitty-Bang-Bang» lanzó una especie de temblorosa explosión. Y hasta el propio comandante Pott, que era un hombre muy valiente, dio un respingo en su asiento e inmediatamente aplicó los frenos y paró el motor, con lo que reinó el más absoluto silencio en las profundidades de la cueva. En cuanto a Mimsie, Jeremy y Jemima, para no decir más que la verdad, con el miedo se les puso la

carne de gallina y sólo atinaron a mirar fijamente la cosa horrible que se les había aparecido: un esqueleto, un esqueleto humano, que colgaba del techo y oscilaba levemente bajo el impulso de la ligera brisa que soplabá en el interior de la cueva.

Tal vez sólo se trató de unos segundos, pero a ellos les parecieron largos minutos. No hicieron más que mirar, sin poder moverse. Las cuencas vacías de la calavera parecían devolverles la mirada, mientras los faros de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» iluminaban los huesos uno por uno, así como la soga que pendía del techo de la cueva y que estaba atada en torno al

cuello del esqueleto.

El comandante Pott fue el primero en recuperar el uso de la palabra y a todos les hizo bien escuchar su voz, firme y serena.

—Esto es ridículo —dijo burlonamente—. Es un espantapájaros, nada más. Esta cueva esconde algún secreto, y alguien quiere asustar a la gente para que no lo descubra. Yo estoy decidido a seguir adelante. ¿Qué decís vosotros?

Mimsie contestó, dubitativamente:

—Si a ti te parece bien, querido...

Jemima, con un ligero temblor en la voz, dijo:

—Al fin y al cabo, no es más que un

montón de huesos.

Jeremy, fingiendo haberse olvidado del esqueleto, agregó:

—Sería muy molesto tener que regresar dando marcha atrás. Además, me gustaría mucho descubrir el secreto de la cueva.

Y el comandante Pott dijo:

—Eso es tener espíritu —palabra que tal vez no era la más apropiada a la vista de aquel esqueleto—. Ahora tendremos que pasar por debajo del esqueleto, haciéndole doblar las rodillas. No os asustéis cuando arrastre los pies por encima del coche.

Luego, puso el auto en marcha y avanzó lentamente.

Bueno, como podéis imaginaros, no resultó muy agradable pasar por debajo del esqueleto colgante, oír cómo sus pies se arrastraban sobre el capot, pasaban por encima del parabrisas y se soltaban casi encima de Mimsie, y después, por el asiento delantero y el asiento trasero, pasando entre Jeremy y Jemina. Pero los dos se arrimaron a los costados de sus asientos para evitar que el esqueleto los tocara —apenas los rozó—, hasta que, con un traqueteo final sobre el portaequipajes, dejaron atrás el esqueleto. Los tontos de Jeremy y Jemima no pudieron resistir la tentación de mirar hacia atrás y se llevaron un buen susto al ver al esqueleto, de

espaldas, que se movía de un lado para otro, iluminado por las rojas luces piloto de «Chitty-Chitty-Bang-Bang». Entonces sí que se espantaron y se volvieron al instante, mirando con decisión hacia delante.

Ahora ya no había en el suelo arena ni guijarros, sino tierra apisonada, y se notaba una acusada pendiente a medida que la cueva se prolongaba más y más y el misterio se ahondaba, excitando hasta el máximo la curiosidad de la familia Pott.

De repente, el comandante Pott hizo ademán de escuchar atentamente, detuvo el coche y paró el motor. Entonces todos pudieron oír lo que él había oído: un

gemido lejano, ora fuerte ora débil, y que les hacía sentir escalofríos en la espina dorsal.

—¿Qué es eso? —preguntaron a coro, tratando de conservar la calma.

El comandante Pott se inclinó y desenganchó la linterna que llevaba junto al parabrisas. Era una de esas linternas tan útiles que los automovilistas usan por la noche para inspeccionar el motor o leer las señalizaciones en la carretera. Iluminó el techo y las paredes de la cueva hasta que enfocó un armatoste provisto de brillantes hilos de cobre, que estaba firmemente fijado en la roca.

El comandante Pott lanzó una

carcajada.

—Esto es un viejo truco —dijo, jovialmente—. Es indudable que alguien quiere asustar al que entre en la cueva. Éste es un instrumento musical que se llama arpa eólica. Se parece al arpa común, sólo que las cuerdas son mucho más finas, de modo que la más leve brisa puede hacerlas sonar, produciendo esa especie de gemido. El efecto puede ser realmente fantasmal cuando el viento sopla con fuerza y despacio, alternativamente. He visto este tipo de instrumentos otras veces; por ejemplo, en algunos castillos alemanes en ruinas, para asustar a los turistas. Pero estos turistas no se asustan, ¿verdad?

Todos los oyentes contestaron que no, pero sin mucha convicción. El comandante puso de nuevo el motor en marcha y siguió adelante, con la esperanza de que terminaran las sorpresas desagradables y cada vez más intrigado con el secreto de la cueva y sobre quiénes podían ser los que tanto se esforzaban por guardarlo.

Después de pasar las dos curvas siguientes desembocaron en un trecho completamente recto, y allí, ante la sorpresa de todos, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se detuvo bruscamente.

—Qué cosa tan extraña! —dijo el

comandante Pott, mirando los relojes que tenía enfrente—. Nos hace falta un poco de gasolina, pero aún nos quedan cinco galones. La reserva de aceite es suficiente; el motor está algo caliente, pero no más de lo normal después de este recorrido en primera —se bajó del coche, levantó el capot e inspeccionó el motor y, de pronto, quedó inmóvil—. ¡Así que era esto! —dijo en voz baja—. ¡El coche vio la trampa!

—¿Qué trampa? —preguntaron todos, inclinándose para ver qué sucedía.

El comandante Pott señaló un alambre muy fino atravesado en el camino a la altura de las rodillas.

Se rascó la cabeza mientras daba unos pasos a lo largo del alambre. Examinó el suelo para ver si había una trampa donde pudiera caer, y las paredes y el techo, en busca de alguna roca o un arma escondida que les caería encima en cuanto tocaran el alambre. Después se arrodilló y observó el punto en que el alambre estaba sujeto a la pared. Por último, se puso en pie y exclamó:

—¡Ajá! ¡Diablos! ¡Ya está!

Volvió al coche y sacó unos alicates y un par de guantes de goma que siempre llevaba para trabajar en el sistema eléctrico de «Chitty-Chitty-Bang-Bang».

—¿Qué encontraste? —preguntaron

todos, con cierta ansiedad, porque a estas alturas la aventura se estaba poniendo casi excesivamente emocionante.

El comandante Pott contestó, animadamente:

—Oh, nada de particular. Lo único que quieren es electrocutar a los intrusos y exploradores que lleguen hasta aquí. Tal vez no quieran matarlos, sino hacerles sufrir una fuerte descarga, para que se asusten y no vuelvan. Pero la cosa hubiera sido muy grave si hubiéramos tocado el alambre con el parachoques. Todo el sistema eléctrico de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» hubiera sufrido un cortocircuito, y nosotros, una

descarga muy fuerte —se quedó pensativo—. Es curioso que «Chitty-Chitty-Bang-Bang» haya visto el alambre, deteniéndose a tiempo. En realidad, este coche tiene algo mágico.

(Claro está que Jeremy y Jemima ya lo sabían, y nada podía sorprenderles. Les bastaba recordar la forma en que el coche era capaz de volar como un avión y deslizarse sobre el mar como una lancha a motor. Por otra parte, ¿acaso no habían empezado a sospechar algo el primer día, al notar que la placa «Gen 10», podía leerse de dos modos distintos?).

El comandante Pott se puso los guantes de goma —la electricidad no

puede pasar a través de la goma— y cortó el alambre; se produjo un intenso relámpago azulado, y el alambre cayó en dos pedazos, muerto.

Entonces el comandante Pott volvió a ocupar su asiento y oprimió el arranque automático, con lo que el motor de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» recobró la vida y rugió de entusiasmo. Prosiguieron su camino, siempre ascendiendo a lo largo del pasaje de la cueva, con los grandes faros delanteros del coche encendidos, en busca de nuevas asechanzas. Mientras Jeremy y Jemina, en el asiento trasero temblaban de excitación, preguntándose dónde y en qué iba a terminar aquella aventura

subterránea.

Siguieron doblando curvas e internándose en las entradas del acantilado. El cuentakilómetros indicó que habían avanzado más de mil quinientos metros desde la entrada de la cueva. El aire era frío y húmedo, y la brisa, que soplaba cada vez con más fuerza, aventaba las telarañas que colgaban del techo de la cueva y obligaba a Jerenny y a Jemima a acurrucarse muy juntos, para darse calor.

Por fin, después de doblar una curva muy cerrada, se encontraron frente a una

pared de piedra completamente lisa, que cerraba la cueva. Habían llegado hasta el final —o por lo menos, eso parecía— de aquella enorme caverna.

El comandante Pott se apeó del coche y avanzó con suma cautela, examinando el terreno y las paredes, y luego, centímetro a centímetro, el blanco muro que cerraba la cueva. Al parecer, halló algo interesante, porque volvió al coche y dijo:

—No es una pared, sino una especie de puerta, de puerta-trampa, con un mecanismo secreto. Tenemos que descubrir cómo se abre. Venid todos e inspeccionad con atención el suelo y las paredes. Estoy seguro de que se trata de

un mecanismo ingenioso, que debe de estar bien oculto, así que tenéis que estar muy atentos y avisarme si descubrís el más mínimo indicio.

Así fue como la familia Pott, bajo la brillante luz de los faros delanteros de «Chitty-Chitty-Bang-Bang», se puso a examinar minuciosamente lo que parecía ser una sólida pared de piedra caliza que indicaba el lugar donde los excavadores del túnel habían, al parecer, decidido no trabajar más. La única señal, descubierta en los primeros momentos por el comandante Pott, era una estrechísima grieta que descendía en zigzag por el centro de la pared. Podía ser natural, como si fuera un accidente

en la superficie de la piedra, pero también podía no serlo, porque a través de la grieta se notaba una fuerte corriente de aire que venía del otro lado.

Jemima había elegido para su exploración el lado derecho de la pared, donde ésta se unía con el muro lateral de la cueva. Había muchos fragmentos de cuarzo incrustados en la piedra caliza —eran numerosos a todo lo largo de la cueva, cosa lógica en aquel tipo de acantilado—. Jemima encontró un trozo particularmente voluminoso, casi del tamaño de una pelota de fútbol. De modo instintivo, se esforzó en arrancarlo, y de repente se desprendió

de la pared, haciéndole caer de espaldas. Examinó el hoyo que había quedado en la pared rocosa, e inmediatamente lanzó una exclamación:

—¡Papá, ven pronto!

Cuando el comandante Pott se arrodilló junto a ella, advirtió lo que su hija había descubierto: ¡Un conmutador eléctrico!

—Bueno, en realidad eres una niña inteligente, Jemima. Estoy seguro de que has descubierto el secreto —luego se dirigió a los otros dos—: No os mováis, por favor. Voy a accionar este conmutador. Sólo Dios sabe lo que puede pasar. ¿Listos?

Y entonces conectó el conmutador.

Desde alguna parte del interior de la cueva se oyó un ronco ruido de engranajes y, muy lentamente, empezó a ensancharse la zigzagueante grieta que dividía el muro de piedra, hasta que las dos mitades de lo que era en realidad una puerta secreta se replegaron en las entrañas del acantilado. ¿Y a que no sabéis lo que se vio cuando los faros de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» iluminaron la abertura? Un enorme recinto abovedado, no menos grande que la nave de la iglesia de vuestro pueblo, repleto de cajas, cajones, barriles y sacos cuidadosamente estibados contra las paredes. Era un depósito subterráneo; un depósito muy secreto

para cosas secretas. ¿Qué clase de cosas había allí? ¿Y a quién pertenecían? ¿Y por qué sus propietarios querían tenerlas escondidas? ¿Y por qué querían una cueva tan misteriosa para esconderlas? ¿Y quiénes eran los dueños? Y ya que todo esto era tan secreto, y probablemente ilegal, ¿qué clase de bribones eran los dueños?

Éstas y muchas otras preguntas se atropellaron en la mente de todos, y el comandante Pott las sintetizó cuando dijo:

—¡Hum! ¡Algo huele mal! ¡A ver, todos, pensad pronto! ¡Con toda rapidez! ¿Qué hacemos ahora?

Mimsie, que, como todas las madres,

estaba preocupada por los niños, dijo en seguida:

—Querido, cerremos la puerta secreta y volvamos corriendo al punto de partida. Esto no me gusta nada.

Pero Jeremy y Jemima no se mostraron en absoluto de acuerdo. Es cierto que después de tantas aventuras sentían un poco de miedo, pero por algo habían heredado el espíritu aventurero de su padre, y a toda costa querían averiguar el secreto del depósito subterráneo.

—¡Por favor, Mimsie! —suplicaron al unísono—. Queremos averiguar en qué termina todo esto.

El comandante Pott reflexionó y

dijo:

—Bueno, Mimsie, al fin y al cabo nadie nos va a comer. Los niños no tienen miedo. Voto para que sigamos adelante. Además, imagínate lo penoso que sería regresar hasta la entrada de la cueva, haciendo marcha atrás todo el tiempo. Y como hemos avanzado subiendo sin cesar, supongo que debemos estar cerca del tope del acantilado. Evidentemente, la cueva tiene una salida por el otro lado de este depósito. Llevaremos el auto al interior para que descansa un rato, y entretanto podremos hacer una buena exploración. Todo esto es realmente muy interesante y tenemos que llegar hasta el fin.

—Está bien, querido —dijo Mimsie, no muy segura de sí misma—. Tengo tantos deseos como tú de saber en qué termina todo esto. Pero, si quieres que te lo diga, esto no me gusta..., me parece algo delictivo. No me sorprendería descubrir que hemos venido a parar a una guarida de ladrones y gánsters. Ojalá que no se nos aparezca ninguno de ellos y nos pille curioseando aquí dentro.

—En fin —dijo el comandante, de buen humor—, tenemos que estar dispuestos a todo. No se puede tener una aventura de verdad sin correr algún riesgo, por pequeño que sea. ¡Vamos!

Todos ocuparon sus asientos, y

«Chitty-Chitty-Bang-Bang» sorteó lentamente la última pendiente, hasta colocarse en el centro mismo del enorme depósito subterráneo.

Mientras los demás descendían del coche y se ponían a hurgar cautelosamente entre los cajones y demás bultos, el comandante Pott volvió atrás y encontró la llave con la que se cerraba la puerta que acababan de franquear. Luego se unió al resto de la familia y todos se dedicaron a descubrir el contenido del misterioso depósito.

Jeremy fue el primero en ver satisfecha su curiosidad.

—¡Ametralladoras —gritó, muy excitado— envueltas en papel de embalar! ¡Están en piezas, listas para ser montadas!

Mimsie dijo:

—¡Dios mío, aquí hay cajas y cajas de bombas y granadas de mano!

—¡Puñales! —exclamó Jemima—. ¡Puñales de todas clases! ¡Y también bayonetas y fusiles!

—¡Qué barbaridad! —dijo el comandante Pott—. Aquí hay dinamita y metros y metros de mecha. Y también gelinita, que es lo que usan los ladrones para hacer saltar las puertas de las cajas fuertes.

—Revólveres —anunció Jeremy— y

pistolas automáticas, grandes y pequeñas, de todas clases. Y muchos cajones de municiones.

Mimsie exclamó, inquieta:

—Por favor, chicos, no toquéis nada. Podéis mirar, pero no tocar. Podría estallar algo.

(Las madres siempre piensan que algo va a estallar, por ejemplo en la víspera de San Juan, cuando a los chicos les gusta quemar fuegos de artificio. Y la verdad es que a menudo tienen razón. Por cierto, que Jeremy y Jemima lo sabían por amarga experiencia por lo que les ocurrió con una caja de buscapiés, de modo que andaban con mucho cuidado con todo lo que

contuviera pólvora).

La búsqueda prosiguió largo rato. Ya no cabía la menor duda: la familia Pott había descubierto un gran arsenal secreto, una enorme cantidad de armas que seguramente habían sido escondidas allí con algún propósito criminal.

Por último, todos se reunieron en el centro del depósito y aguardaron en silencio a que el comandante Pott se pronunciara sobre tan extraordinario e inquietante descubrimiento.

El comandante Pott, que tenía un papel arrugado en la mano, dijo:

—¿Sabéis lo que pienso? En un cajón lleno de cachiporras encontré esta etiqueta que dice: **PARTIDA ESPECIAL**

PARA JOE EL MONSTRUO, 435
BASHER STREET, SOHO, LONDRES.
Ése es el hombre que, según los diarios,
ha perpetrado la mayoría de los robos
de Bancos y asaltos ocurridos en
Inglaterra estos últimos años. Pero la
policía no ha podido atraparlo nunca ni
ha logrado descubrir de dónde saca las
armas. Bueno, ahora no queda ninguna
duda. Éste es su depósito secreto de
armas, y me jugaría hasta la última
peseta^[2] a que las introduce en
Inglaterra atravesando el Canal en las
noches de niebla, en rápidas lanchas a
motor.

El comandante Pott se rascó la
cabeza y preguntó:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ya sé, ya sé, ya sé —gritó Jeremy, muy impaciente—. ¡Hagamos estallar todo esto!

—No digas tonterías, querido —dijo Mimsie—. ¿Qué nos pasaría a todos nosotros? ¿Quieres que estallemos también?

—Bueno —dijo el comandante Pott, pensativo—. Eso sería muy divertido, ¿no? Pero, ante todo, tenemos que encontrar una salida. Sin duda, la cueva tiene una salida por la parte alta del acantilado, pues, si no, Joe el Monstruo no hubiera podido esconder aquí todo esto —señaló el techo y agregó—: Allí, detrás de aquellos cajones, tiene que

estar la salida. Vayamos a ver.

Se dirigió hacia donde estaban los cajones y tiró de uno de ellos. En lugar de encontrar resistencia, como todos suponían, lo movió sin dificultad, y lo mismo pasó con el otro y con el otro. Y después que el comandante, con ayuda de su esposa y de sus hijos, y haciendo fuerza todos al mismo tiempo, hubo movido el cuarto cajón, allí estaba la continuación de la cueva, siempre en pendiente, viéndose, a cierta distancia, un pálido resplandor.

—¡Formidable! —exclamó el comandante Pott—. Esa debe ser la salida. Ahora, vamos a hacer pasar a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» por la

obertura y a seguir adelante hasta la salida. Después, yo bajaré y pondré una mecha a un cajón de dinamita, para hacer volar todo esto cuando estemos lejos —miró el reloj—. Ya son más de las ocho, de modo que ha empezado a oscurecer. Disfrutaremos del espectáculo de nuestros fuegos de artificio. Tengo mucha hambre y estoy seguro de que vosotros también, así que no podemos perder tiempo. En cuanto se produzca la explosión, iremos al pueblo más cercano para cenar y descansar. Nos habremos ganado una recompensa si todo sale bien..., y no veo por qué iba a salir mal.

De modo que todos volvieron a

ocupar sus lugares en el coche. «Chitty-Chitty-Bang-Bang» lanzó sus dos estornudos y sus dos explosioncitas habituales y salió por entre las cajas llenas de armas y explosivos que pertenecían al más famoso delincuente de Inglaterra: Joe el Monstruo.

Una vez fuera del recinto abovedado, el comandante Pott detuvo el coche y volvió atrás, mientras los mellizos observaban con gran curiosidad lo que iba a hacer. En primer lugar, sacó de un cajón un gran rollo de mecha —que parece una cuerda delgada y está rellena de polvo de magnesio u otro explosivo de combustión rápida, igual que la mecha de los cohetes— y lo

unió por un extremo a la pila de dinamita —que viene en cartuchos oblongos—. Luego, apiló encima toda la gelinita —que es una especie de sustancia plástica, como la masilla que usan los vidrieros—, desenrolló toda la mecha y volvió al coche, después de bloquear con cajones la entrada del depósito para que la explosión, cuando se produjera, no desparramase el contenido del depósito por el interior de la cueva. Por fin, entregó a Jeremy el rollo de mecha, para que lo fuera desenrollando a medida que avanzaban, y puso en marcha a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» en dirección al resplandor que se divisaba en lo alto de la pendiente.

La entrada de la cueva estaba oculta detrás de una gran mata de arbustos, en medio de una vieja cantera abandonada, pero «Chitty-Chitty-Bang-Bang» encontró el camino y, dando brincos sobre las piedras, llegó hasta las huellas de una carreta que, a través del campo, llevaban a un camino, a unos quince kilómetros de distancia.

Ya empezaba a anochecer, y a lo lejos podían ver las luces de un coche que, al parecer, venía a su encuentro siguiendo las mismas huellas de la carreta.

—Supongo que es un granjero — dijo el comandante Pott—. Vamos a encender la mecha y a alejarnos lo más

rápídamente posible, pues, si no, puede caernos algún pedazo de roca en la cabeza. En esa cueva hay una cantidad enorme de explosivos y Dios sabe la masa de roca que va a volar cuando la chispa llegue a la dinamita.

Bueno, yo no sé si vosotros habéis visto alguna vez una auténtica mecha encendida, pero habéis de saber que la chispa corre casi tan velozmente como vosotros, produciendo pequeñas explosiones durante el trayecto. Así fue como la pequeña llama amarilla atravesó el suelo de la cantera hasta desaparecer en el matorral que ocultaba la entrada de la cueva. En cuanto hubo puesto el fuego a la mecha, el

comandante Pott corrió a su asiento y puso rápidamente en movimiento a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» para alejarse de la zona de peligro. Después de avanzar unos doscientos metros detuvo el coche, y todos miraron hacia atrás a la espera de lo que iba a suceder. Debo admitir que Minnsie, Jeremy y Jemima se apretaban fuertemente los oídos.

—Ya debe de faltar poco —dijo el comandante, y no había terminado de decir la palabra «poco» cuando se oyó un retumbante trueno en el interior del acantilado, la tierra tembló y un gigantesco chorro de llamas amarillas surgió de la cantera que acababan de abandonar, mientras que del borde del

acantilado les llegó el resplandor de un gran relámpago y el eco de una explosión. Después, vieron una columna de humo que se elevaba lentamente en el aire, a medida que la fuerza de la explosión recorría la larga cueva y se dispersaba al salir por el orificio abierto sobre el frente del acantilado, al borde del mar. En seguida se oyeron varias explosiones subterráneas de menor entidad, a medida que explotaban los cajones de municiones y las bombas y granadas de mano. Por último, hubo un terrorífico trueno y una llamarada y se oyó como un terremoto, en tanto que la parte alta del acantilado se abría para dar paso a una tumultuosa mezcla de

humo y llamas, como si la cueva se hubiera transformado en un volcán. Pero el humeante boquete volvió a cerrarse, dejando una profunda hendidura en el suelo, señalando el lugar donde se había hundido la roca, llenando el interior del depósito de armas.

Después, silencio.

Todos lanzaron grandes suspiros de alivio.

—¡Fantástico! —exclamó Jemima.

—¡Fabuloso! —exclamó Jeremy.

—¡Santo cielo! —exclamó Mimsie.

El comandante Pott dijo:

—Ésta es la explosión más grande que he oído jamás. Ahora, vámonos. Más vale que nos alejemos sin pérdida

de tiempo, no sea que tengamos que dar explicaciones a alguien. El coche de ese granjero sigue viniendo a nuestro encuentro, y no dudo de que la explosión se haya oído hasta en Calais, y no me extrañaría que también en el otro lado del Canal, en Inglaterra. Es mejor que nos alejemos sin llamar la atención, y cuando estemos de vuelta en Inglaterra iré a dar una vuelta por Scotland Yard para explicar lo sucedido. No creo que les parezca mal. Tal vez nos den alguna medalla. Ahora es tarde y estoy seguro de que tenéis hambre; yo por lo menos, la tengo.

El comandante aceleró y «Chitty-Chitty-Bang-Bang» empezó a devorar la

distancia como si también él estuviera muerto de hambre y de sed.

Pero... Pero... ¡Pero...!

Y de nuevo, ¡pero...!

Al acercarse al supuesto coche del granjero, observaron que se trataba de un potente auto de carreras, que llevaba la capota bajada. Se había colocado de través sobre las huellas para cerrar el paso, y junto a él había cuatro hombres agazapados, armados con revólveres. Uno de ellos, un gigante sin afeitarse que más parecía un gorila, se acercó despacio al comandante, que se había visto obligado a frenar. Parecía que iba

a estallar de furor; tenía los ojos enrojecidos y mostraba unos dientes amarillentos, en una expresión de amenaza.

El comandante Pott susurró:

—Lamento tener que manifestaros que ése es Joe el Monstruo: he visto sus fotografías en los diarios. Y los otros son sus secuaces: Fink, el Hombre Montaña, que se ha escapado de sabe Dios cuántas cárceles; Sam, el Jabonero, que es el experto en explosivos para abrir cajas fuertes —los ladrones llaman «jabón» a la gelinita—, y Banks, el Usurero, encargado de las operaciones de chantaje. ¡Cuidado! ¡Esto va a ser muy delicado!

Joe el Monstruo se aproximó al automóvil y gruñó en su tono más amenazante:

—¿Se puede saber quiénes son ustedes? ¿Y qué tienen que ver con esa explosión que acaba de ocurrir?

El comandante dijo con el tono más inocente:

—¿Qué explosión? —y volviéndose hacia los niños, les interrogó—: ¿Habéis oído alguna explosión?

Jeremy, con gran desenfado, dijo:

—Hubo un ruidito hace unos instantes, papá, del lado del mar. Seguro que no te diste cuenta.

—¡Un ruidito! —repitió Joe el Monstruo, y pareció que también él iba a

estallar. Se volvió y dijo—: ¿Habéis oído, compañeros? —y luego, fingiendo una voz infantil—: Le parece que se oyó un ruidito —dirigióse de nuevo a los Pott en el tono amenazador de la primera vez—: ¡Ya les daré yo ruidito! ¡Llamar ruidito a ese volcán! ¡Si parecía el fin del mundo! —ahora, su voz se había convertido en un ronco gruñido—. Yo les vi salir de la cueva y, además, da la casualidad, nada más que la casualidad, que también estoy viendo un rollo de mecha al lado de esos bribones, en el asiento de atrás. —«¡Caramba —pensaron Jeremy y Jemima al mismo tiempo—, debimos de sentarnos encima del rollo!»— ¿Saben lo que voy a hacer

con ustedes y con este coche tan presuntuoso? —lanzó una carcajada que les heló la sangre—. Pues bien, a cambio de la explosión que ustedes han provocado con mis cosas, yo voy a provocar otra explosión en el coche, con todos ustedes dentro. ¿Qué les parece, como recompensa por haberse metido en lo que no les importaba un comino? —se volvió hacia los demás bandidos y les ordenó—: Amartillen los revólveres y si alguno de estos entrometidos trata de escapar, disparen sin compasión. ¿Entendido?

Los bandidos contestaron con una risita de satisfacción ante la perspectiva de la diversión que les brindaba el jefe,

y los miembros de la familia Pott oyeron el *clic* de los gatillos al levantarse.

—Ahora, muñeco, alcánzame esa mecha, si no quieres que te suceda algo peor —ordenó Joe el Monstruo, apuntando a Jeremy con el revólver.

—No le alcanzo nada —replicó Jeremy sin inmutarse—. Y si yo soy un muñeco, usted es el gorila más feo que existe fuera del parque zoológico.

Y entonces Jeremy cogió el rollo de mecha y se sentó encima de él.

—¿Ah, sí? —gritó Joe el Monstruo, furioso ante el insulto—. ¿Conque esas tenemos, pequeño desvergonzado? Yo te enseñaré a hacer lo que te manden.

Y empuñando una cachiporra,

dirigióse con decisión hacia el asiento trasero.

A Jeremy se le revolvió el estómago al ver la cachiporra, pero mirando de reojo advirtió que el comandante Pott movía sigilosamente la mano hacia la palanca que activaba el mecanismo de las alas. Cuando Joe el Monstruo se puso a la altura del auto, el comandante Pott tiró súbitamente de la palanca y los guardabarros verdes de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se proyectaron bruscamente hacia afuera, adquiriendo su forma de alas de avión. El ala derecha dio a Joe el Monstruo directamente en el pecho, lanzándolo a gran distancia.

—¡Agarraos bien —exclamó el

comandante Pott— y agachad las cabezas!

Luego, pisó a fondo el acelerador.

«Chitty-Chitty-Bang-Bang» se precipitó hacia delante con un iracundo rugido de sus dos tubos de escape y pasó volando a poca altura sobre las cabezas de los otros gangsters, quienes apenas tuvieron tiempo de arrojarse al suelo para esquivar las alas, que los hubieran segado como espigas de trigo. Inmediatamente, el aerocochete verde pasó por encima del auto negro de los gangsters y salió volando en dirección a la carretera.

—¡Uff! —suspiró el comandante Pott—. ¡Nos hemos salvado por los

pelos!

Los demás suspiraron también y agradecieron al cielo el haber tenido a su coche mágico para que los salvara de tan terrible apuro.

Llegaron hasta el camino que conducía a Calais. El comandante Pott hizo aterrizar a «Chitty-Chitty-Bang-Bang» sobre el asfalto, donde, después de un corto trecho, volvió a convertirse en un automóvil corriente que marchaba a gran velocidad, buscando con sus grandes faros delanteros un lugar donde la familia pudiera darse el gran festín de tortilla y pollo asado y helados que

esperaba desde hacía muchas horas.

Llegaron a un bonito hotel llamado Splendide —que, como suponéis, en francés quiere decir «Espléndido»—. El comandante Pott reservó las habitaciones, y mientras los demás se bañaban —que buena falta les hacía, como podéis imaginaros—, encargó una cena exquisita y fue a inspeccionar a «Chitty-Chitty-Bang-Bang», porque, como sabéis, antes de ocuparnos de nosotros mismos siempre hay que asegurarse de que el coche esté cómodo y a gusto.

El comandante Pott llenó el coche de gasolina, aceite y agua, revisó la batería y los neumáticos y luego lo condujo a un

garaje próximo al hotel. Sólo después de quedar satisfecho con el alojamiento de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» resolvió dejar para la mañana siguiente la labor de lavarlo y abrillantarlo, pues para entonces podría contar con la ayuda de la familia. Luego le dio una palmadita en el morro, que, como es lógico, estaba algo caliente, cerró bien las puertas y regresó al hotel, donde toda la familia disfrutó de una cena deliciosa antes de irse a la cama para darse un maravilloso y creo bien merecido descanso.

Pero... Pero... ¡Pero...!

Y, otra vez, ¡Pero...!

Horas más tarde, mientras todos dormían, un largo coche negro,

manejado por Joe el Monstruo y con Fink el Hombre Montaña, Sam el Jabonero y Banks el Usurero agazapados en el interior, se acercó en las sombras hasta el Hotel Splendide y se ocultó tras de una esquina. Joe el Monstruo y su pandilla, ansiosos de venganza, merodearon en torno al hotel buscando el modo de penetrar por las ventanas del piso bajo para llegar hasta donde dormían el comandante Pott y los suyos. Así, una vez más, el comandante Caractacus Pott, Mimsie, Jeremy y Jemime se hallaban ¡¡en peligro de muerte!!

AVENTURA NÚMERO TRES

La luna brillaba encima del Hotel Splendide, donde la familia Pott, el comandante Caractacus, Mimsie y los gemelos, Jeremy y Jemima, después de sus terribles aventuras en las últimas veinticuatro horas, estaban durmiendo profundamente. En el garaje del hotel, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» se hallaba comodamente adormilado tras la excitante travesía del Canal.

Cuando Joe el Monstruo vio que se apagaban las luces en el hotel y observó, por las sombras de las ventanas, que el comandante Pott y Mimsie dormían en una habitación y Jeremy y Jemima en un cuarto contiguo, decidió, con sus secuaces, entrar rápidamente en acción.

Del portaequipajes de su coche sacaron una serie de utensilios que suelen usar los ladrones: una escalera telescópica de aluminio para escalar las paredes de un hotel, un «jimmy» —herramienta que usan los ladrones para abrir puertas y ventanas y que parece un abrelatas muy potente— y unos metros de cuerda. Joe el Monstruo dio unas cuantas órdenes en voz baja, y poco

después la pandilla apoyó la escalera a la pared del hotel a la que daba la habitación donde dormía Jeremy y Jemima. Luego, mientras Fink el Hombre Montaña, que era tan robusto como indicaba su sobrenombre, sujetaba el pie de la escalera, Sam el Jabonero, que era muy delgado y fuerte, subió sin hacer ruido y, después de una rápida faena con el «jimmy», franqueó la ventana y se deslizó en el dormitorio de los mellizos.

Sabía lo que tenía que hacer. Primero se dirigió al lecho de Jemima, recogió por las cuatro puntas la sábana sobre la cual dormía y, con la niña atrapada en el interior, anudó las puntas

como si se tratara de un atado de ropa para lavar. Y casi antes de que ella se despertara, la sacó por la ventana y la dejó caer blandamente en los brazos de Fink el Hombre Montaña.

Jeremy se había movido en sueños, pero también en su caso bastó con unos pocos y rápidos movimientos para convertirlo en un hato de ropa y pasarlo por la ventana. Después, el Jabonero arrojó por la ventana la ropa y los zapatos de los niños.

Pero, claro está, los mellizos no tardaron en despertar, y aun antes de que los bandidos pudieran ponerlos en la parte trasera del coche negro habían empezado a retorcerse y a gritar.

Sin embargo, no pudieron hacerse oír por nadie.

Mimsie abrió un ojo y, entre sueños, dijo a su marido:

—Me pareció oír un grito sofocado. ¿Crees que puede tratarse de los chicos?

El comandante Pott, también entre sueños, contestó:

—Debe de tratarse de murciélagos o ratones. Volvió a dormirse profundamente, y ninguno de los dos prestó atención al ligero rumor del coche negro que se alejaba.

Afortunadamente, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» había olfateado el peligro. No puedo explicaros cómo lo hizo, pero

ésta es la verdad. Recordad que era un coche mágico, y ni siquiera el comandante Pott, que era inventor, mecánico e ingeniero, conocía todas sus habilidades. Todo lo que puedo deciros es que cuando el coche de los bandidos se alejó por el camino bajo la luz de la luna, sus movimientos o el ruido de su motor pusieron en marcha alguno de los misteriosos mecanismos eléctricos de «Chitty-Chitty-Bang-Bang». Sea como fuera, el caso es que se oyó el ruido de minúsculos engranajes apenas más fuerte que el zumbido de un mosquito, y detrás de la mascota del capot se elevó una pequeña antena coronada por un rectángulo de malla, que parecía una

pantalla de radar en miniatura, como las que se ven en las torres de los aeropuertos. La pantalla se puso a girar hasta que quedó apuntando directamente al coche de los pistoleros, que ya corría por la carretera en dirección a París.

Y durante toda la noche, mientras el comandante Pott y Mimsie dormían, y Jaremy y Jeminna se retorcían en el asiento trasero del coche de Joe el Monstruo, el ojo de radar de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» siguió paso a paso el recorrido de los pistoleros.

Ahora bien, Joe el Monstruo era, en realidad, el jefe de una pandilla

internacional de ladrones y rufianes, a quien se conocía en Francia con el apodo de Joe le Monstre —creo que no tengo que traduciros esta palabra, porque ya sabéis bastante francés—. De modo que cuando las cosas se le ponían muy difíciles en Inglaterra, se trasladaba a Francia, y viceversa.

Tan pronto como salieron de Calais, Joe ordenó que desataran los nudos de las sábanas que contenían a Jeremy y Jemima; Sam el Jabonero y Banks el Usurero obedecieron inmediatamente, porque aunque eran muy malos, no lo eran tanto como para querer que Jeremy y Jemima murieran asfixiados.

Los mellizos estaban demasiado

sorprendidos para saber qué les estaba sucediendo. Ambos se daban cuenta de que no era nada bueno, pero como eran hijos de padres algo aventureros no se asustaron fácilmente.

Joe el Monstruo se volvió a medias por un instante, y, con una voz que pretendía ser dulce les dijo:

—Ahora todo marcha bien, patitos. No os preocupéis lo más mínimo. Papá y mamá nos pidieron que los sacáramos a pasear, para que vierais la campiña a la luz de la luna —luego, dirigiéndose a Fink, preguntó—: ¿No es así, Hombre Montaña?

—Que me caiga muerto si no es verdad —repuso el gigante.

—¿Habéis oído, patitos? —gritó Joe el Monstruo sobre el ruido del motor y del viento—. Estáis en buenas manos y lo pasaréis bien. Ahora os vais a soñar con los angelitos y mañana, cuando os despertéis, os daremos un rico desayuno.

Bueno, si había una cosa que fastidiaba a los mellizos —como sucede con todos los niños de su edad— era que les hablaran en el lenguaje de los bebés. Por lo menos en lo tocante a Jeremy, hubiera preferido que Joe fuera monstruoso antes que remilgado. Con un adulto uno siempre sabe a qué atenerse, pero ¿qué puede esperarse de un adulto que se comporta como un chiquillo?

Pero, a decir verdad, tanto Jeremy como Jemima tenían demasiado sueño a consecuencia de las aventuras del día para inquietarse demasiado por lo que pudiera pasarles, de modo que se acurrucaron juntos y Jemima no tardó en dormirse. Pero Jeremy, antes de conciliar el sueño, no pudo menos que oír retazos de la conversación entre Joe el Monstruo y Fink el Hombre Montaña; entre otras cosas, oyó que decían:

—Lo que necesitamos para el trabajo de Bon-Bon... Un par de monitos inocentes... Los haremos entrar un instante antes de cerrar... Cinco mil francos... Las llaves de la caja fuerte están en la registradora... Cuando el

viejo vaya a buscar cambio... entonces el Jabonero podrá usar la gelatina.

Mientras procuraba descifrar esas frases misteriosas, Jeremy se arrimó a Jemima y arrullado por la velocidad del auto y el rumor del viento, seguro, además, como todos los niños lo están siempre, de que sus padres no tardarían en rescatarlos, en seguida se durmió.

Eran las tres de la mañana cuando los mellizos fueron secuestrados del Hotel Splendide. A las ocho, el coche de los bandidos se detuvo frente a un almacén abandonado, propiedad de Joe el Monstruo, en los suburbios de París, a unos 25 kilómetros de Calais.

Y fue precisamente en este instante,

cuando los bandidos trasladaban a los niños al interior del almacén, cuando el radar en miniatura de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» permaneció inmóvil, como si supiera que ése era el final del viaje. Luego, tal vez a causa de un cortocircuito, quizá por otra razón, el potente claxon de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» empezó a hacer «ga-guuu-ga, ga-guuu-ga, ga-guuu-ga» y siguió así largo rato, creando el horrible barullo que os podéis imaginar.

El comandante Pott y Mimsie despertaron inmediatamente y, lamento decirlo, profiriendo una tremenda maldición —si insistís en saberlo, dijo: «¡Por mis barbas y mis patillas!»—, el

comandante saltó de la cama, se vistió como pudo, corrió escaleras abajo y entró en el garaje a ver qué desperfecto se había producido, para arreglarlo antes de que todos los habitantes de Calais se despertaran y, encabezados por la policía y los bomberos, acudieran a averiguar quién tenía la culpa de aquel espantoso estruendo. Ya os podéis imaginar el asombro del comandante cuando, inmediatamente después de abrir las puertas del garaje y verse frente a frente con «Chitty-Chitty-Bang-Bang», sólo escuchó un último «gaguu-ga». Después, silencio total.

—Vamos: ¿qué diablos te sucede?
—preguntó el comandante Pott.

Y como si quisieran responder a su pregunta, los grandes faros delanteros del coche se encendieron y apagaron, haciendo un gigantesco guiño de advertencia.

El comandante Pott se sintió aún más intrigado.

—Algo debe de andar muy mal en tu circuito eléctrico —dijo en tono comprensivo—. A ver de qué se trata. Se inclinó sobre el capot. Pero entonces, por primera vez, advirtió la pequeña antena de radar que había aparecido frente al parabrisas y se detuvo en seco. «Y esto ¿qué quiere decir?», había empezado a preguntarse, cuando Mimsie llegó corriendo desde el hotel.

—¡Los chicos, los chicos! — exclamó, desesperada—. ¡Han desaparecido! ¡Y sus ropas también! Hay huellas de una escalera de mano en el marco de la ventana, y también hay señales de que la ventana ha sido forzada. ¡Los han secuestrado, estoy segura, y han sido esos bandidos que vimos ayer! ¡Por amor de Dios, Jack! — era el diminutivo que ella usaba en lugar de Caractacus ¿Qué vamos a hacer?

El comandante Pott no discutió ni le preguntó si estaba segura de lo que decía o cómo lo sabía, y ni siquiera fue a ver las pruebas de lo que había ocurrido. Sabía que Jeremy y Jemima no habrían salido sin avisarle, y menos aún

—reflexionó con criterio realista— sin desayunarse. Miró a la llorosa Mimsie y luego a «Chitty-Chitty-Bang-Bang», y de pronto supo, con absoluta certeza, que ahí radicaba el significado del radar, y que el coche mágico había sonado su propio claxon para despertarlos y porque sabía dónde estaban los mellizos.

—Tranquilízate, cariño —dijo—. Aquí tienes algún dinero; hazme el favor de ir corriendo a buscar el resto de mis ropas y a pagar la cuenta del hotel. «Chitty-Chitty-Bang-Bang» sabe dónde están. No me preguntes cómo lo sé, pero estoy seguro de que es así, y vamos a ir a buscarlos.

Mientras Mimsie corría a hacer lo que le pedía su marido, contenta de tener algo en qué ocuparse para distraer su temor, el comandante subió al coche y oprimió el arranque. Inmediatamente el poderoso automóvil, con su seguidilla habitual «Chitty-Chitty-Bang-Bang», se puso en marcha y se dejó guiar dócilmente hacia la calle, precisamente en el instante en que Mimsie salía apresuradamente del hotel. Trepó al lado de su marido y el coche empezó a adquirir velocidad, con cautela al principio, para que la antena de radar pudiera orientarse debidamente. Primero apuntó en dirección de la calle principal, luego se corrigió a sí misma,

como una brújula que encuentra el Norte y señaló hacia la carretera que conducía a París. El comandante Pott giró el volante en la dirección indicada y no tardaron en llegar a la autopista.

Ahora sí que el comandante Pott pisó a fondo el pedal del acelerador y la aguja del velocímetro subió sin pausa hasta que señaló los 160 kilómetros por hora, mientras el gran coche verde, con un potente alarido de sus tubos de escape, empezó a devorar la distancia. Al llegar a los distintos cruces de caminos, el comandante observaba la antena y seguía en la dirección que indicaba. Y así, mientras «Chitty-Chitty-Bang-Bang» hacía *tip-tip-tip* en la

carretera, corría a toda velocidad hasta el escondite de los bandidos, donde Jeremy y Jemima estaban encerrados en un cuarto pequeño y sin muebles, al fondo del almacén abandonado.

Las ropas de Jeremy y Jemima habían sido arrojadas al cuarto junto con ellos, de modo que los chicos se vistieron rápidamente y, hablando en voz baja, por si alguien estaba escuchando detrás de la puerta, empezaron a preguntarse dónde estaban y qué iba a sucederles y, sobre todo, cuándo les iban a traer el desayuno.

Jerenny acababa de contarle a Jemima acerca de las frases misteriosas de Joe el Monstruo —«el trabajo de

Bon-Bon», «el Jabonero podrá usar la gelatina», etc.— cuando la puerta se abrió y entró Joe el Monstruo en persona, radiante —en la medida en que una cara como la suya podía ser radiante —, seguido por Sam el Jabonero, que llevaba una bandeja con el desayuno, la cual depositó sobre el piso, pues en el cuarto no había ningún mueble.

Jeremy se puso valientemente en pie y con la voz más firme que pudo articular, preguntó:

—¿Dónde estamos y qué van a hacer con nosotros? Les va a costar muy caro si no nos devuelven inmediatamente a nuestros padres. La policía saldrá de un momento a otro a buscarlos —y lanzó

una mirada tan iracunda como pudo al rostro barbudo del hombrón que se erguía como una torre frente a él.

—¡Ja, ja, ja, qué broma tan graciosa! ¿Oíste lo que dijo, Jabonero? Dice que la policía saldrá a buscarnos —se volvió hacia Jeremy e hizo una mueca espantosa—. Jovencito, has de saber que la policía me busca desde que yo era más chico que tú. Piénsalo bien: nos han estado buscando durante todos estos años, a mí y a mis compañeros, y nunca han podido atraparnos. Es cierto que a veces los he tenido cerca de mis talones, y que han llegado a ofrecer diez mil libras esterlinas por lo que ellos llaman «información conducente a mi captura»,

que quiere decir datos sobre cómo echarme el guante. ¿Y crees que voy a echarme a temblar a causa de una pequeña familia inglesa llamada Pott? ¡Ja, ja, ja!

Y realmente pareció que iba a descoyuntarse de tanto reírse.

Jeremy contestó enojado:

—No somos tan poca cosa. Mi padre fue comandante de la Marina y es un famoso inventor y explorador, y además, tenemos a «Chitty-Chitty-Bang-Bang».

—¿Y quién es ése?

—No es un quién, sino un qué; es un automóvil, el más maravilloso del mundo, un coche mág...

Jeremy iba a decir «mágico», pero cerró la boca a tiempo. ¡Era mejor mantener el secreto!

—¡Ah! ¿Te refieres a ese viejo cacharro que tenéis? —dijo Joe el Monstruo con acento burlón—. Admito que es una máquina interesante; anoche, por ejemplo, os sacó de un apuro, cuando os teníamos acorralados. Supongo que tu padre ha inventado la forma de hacer volar un automóvil. ¿No es así? —los ojillos de Joe el Monstruo se volvieron más pequeños y socarrones que nunca—. No dudo de que eso vale la pena. Un invento como ése puede valer mucho, si alguien sabe aprovecharlo. Si me decís cómo lo

hacen, a lo mejor yo puedo registrar la patente y venderla y repartir los beneficios con vosotros. ¿Qué te parece, jovencito? ¿Te gustaría formar sociedad conmigo?

Jeremy contestó sin vacilar:

—No sé como funciona, pero aunque lo supiera no se lo diría.

—Bueno —dijo el Monstruo—. Al fin y al cabo, no estoy tan interesado en el asunto. Vamos a hablar de lo que nos interesa, y después tú y tu hermana podréis saborear el riquísimo desayuno que os ha preparado el Jabonero. Vamos a ver —y los miró taimadamente—. Escuchadme con atención, y si hacéis lo que os digo, no sólo no os va a pasar

nada, sino que además vais a ganar un poco de dinero. Y cuando todo haya terminado, me ocuparé de que os pongan en un tren y os manden de regreso a papaíta y a mamaíta en aquel hotel de Calais.

Jeremy abrió la boca para hablar, pero Joe el Monstruo levantó su peluda mano.

—No se te ocurra discutir conmigo, jovencito, o te vas a arrepentir. Límitate a escucharme con atención, para que sepas lo que tienes que hacer —hizo una pausa y empezó a hablar lentamente, mirando a uno y otro, para ver si le prestaban atención—. Lo único que tenéis que hacer es ir a comprar una gran

caja de chocolates. ¿Qué os parece? Una especie de recompensa por haberse portado bien, ¿comprendéis? A mí me gustan mucho los niños; es más, los adoro —Joe el Monstruo procuró dar a su rostro una expresión dulce y paternal, pero apenas si logró dar forma a una especie de mueca simiesca—. Ahora bien, cerca de aquí, a unos veinte minutos en auto, se encuentra la más famosa chocolatería del mundo: se llama *Le Bon-Bon*, que en francés quiere decir «El Bombón», y pertenece a un anciano llamado Monsieur Bon-Bon. Hace cincuenta años que está al frente del negocio, y antes estuvo su padre, y aún antes su abuelo, y elabora los dulces y

chocolates más ricos del mundo. ¿Os dais cuenta? Es la mejor fábrica de dulces del mundo entero. Pero este anciano es muy raro y sólo tiene abierta la tienda cuatro horas al día. No se molesta más porque él y su familia han ganado tanto dinero que no necesitan trabajar mucho. De modo que sus horas de trabajo son de diez de la mañana a mediodía y de dos a cuatro de la tarde. Hoy a mediodía, yo y mis compañeros pasaremos por allí y les daremos dinero para que vosotros entréis y hagáis lo que yo os digo. Primero, vais y pedís una caja de chocolates que cuesta cuatro mil francos, o sea poco más de ocho dólares, lo que quiere decir que es una

gran caja de chocolates. ¿Me habéis comprendido?

Y miró atentamente a cada uno de los niños.

—No está mal —dijo Jeremy, como si estuviera acostumbrado a gastar ocho dólares en chocolates todos los días.

—¡Así que no está mal! —exclamó Joe el Monstruo, enojado—. ¡Ya lo creo que no está mal! ¡Es la caja de chocolates más grande que hayáis visto jamás! —pronto recuperó la calma y, metiendo la mano en sus ropas, extrajo una billetera, sacó un billete y se lo entregó a Jeremy—. Aquí tienes cinco mil francos; hablo de los francos antiguos, que son los únicos que

entiendo. Si te portas bien, puedes guardarte el cambio. Y eso es todo lo que tenéis que hacer, patitos: entrar en la chocolatería y, cuando yo os haga una seña, decís cortésmente: «Por favor, una caja de chocolates de cuatro mil francos». El viejo no sabe mucho inglés, pero os entenderá sin dificultad. Entonces le entregáis el billete y os darán la caja de chocolates y el cambio, y eso es todo. Un trabajito fácil, ¿verdad? No os podéis quejar. En mi opinión, sois dos chicos muy afortunados. A ver, ¿habéis entendido bien lo que os he dicho?

Los hermanitos asintieron con la cabeza.

—Está bien —dijo el Monstruo, jovialmente—. Vamos, Jabonero, que nosotros también tenemos que ir a desayunar. Al ver el espléndido desayuno de estos chicos me ha entrado hambre —se volvió hacia la puerta—. Adiós, chiquitos, sed buenos hasta que el Tío Joe venga a buscaros.

Después se fue seguido por Sam, que cerró la puerta tras él.

Bueno, la porcelana estaba cascada y la bandeja no estaba muy limpia, pero Jeremy y Jemima tenían un hambre de lobos y no perdieron un instante en acometer la comida que les habían traído.

Un desayuno francés es muy distinto

de un desayuno inglés. Para empezar, el pan francés, en lugar de venir en rebanadas, viene en *baguettes* largas como un bastón, con más corteza que miga, pero de sabor delicioso. La mantequilla era salada, en lugar de la mantequilla dulce que los niños estaban acostumbrados a comer en Inglaterra y la mermelada de cerezas era muy parecida a un jarabe, como todas las mermeladas francesas, pero contenía grandes y sabrosas cerezas. El café con leche, que los franceses llaman *café au lait*, era bastante mejor que el líquido insípido que suele servirse en Inglaterra. Así fue que, al cabo de unos momentos de incertidumbre, Jeremy y Jemima se

pusieron a comer con entusiasmo. Entre bocado y bocado intercambiaban con suma cautela sus pensamientos acerca de los planes de Joe el Monstruo y con ayuda de los fragmentos de conversación que Jeremy había escuchado en el coche, llegaron a la conclusión siguiente que, con más o menos fidelidad, os voy a comunicar.

Supusieron que Joe el Monstruo y su pandilla iban a usarlos para asaltar a Monsieur Bon-Bon. Ellos iban a ser los «monitos inocentes» que «iban a entrar justo antes de cerrar», mientras la pandilla esperaba a la vuelta de la esquina y uno de sus miembros fingía mirar los dulces en el escaparate,

cuando en realidad estaba vigilando a los mellizos. Jeremy había recibido un billete de cinco mil francos, con el que debía comprar una caja de chocolates de cuatro mil, y Monsieur Bon-Bon tendría que ir a la caja a buscar el cambio —«las llaves de la caja fuerte están en la registradora»—. Tan pronto como Monsieur Bon-Bon abriera la registradora, los gangster entrarían, le golpearían en la cabeza y se apoderarían de las llaves, que seguramente eran las de la caja fuerte donde guardaba el dinero.

—Lo que no entiendo —susurró Jeremy— es eso de que el Jabonero va a usar la «gelatina». ¿Qué querrán decir?

A lo mejor venden «gelatina» en la chocolatería. ¿Te parece que van a taparle la boca con gelatina a Monsieur Bon-Bon para que no grite pidiendo auxilio?

A los dos les hizo mucha gracia la idea, pero fue Jemima quien solucionó la cuestión.

—¿Recuerdas la explosión de ayer en la cueva? Bueno, papá dijo que algunos cajones estaban llenos de gelinita, que es una cosa que los ladrones usan para volar cajas fuertes. Se me ocurre que «gelatina» es la palabra que usan los bandidos en lugar de gelinita.

—Creo que estás en lo cierto —

murmuró Jeremy—. Claro, tiene que ser eso. Y eso es precisamente lo que van a hacer. Le van a quitar las llaves a Monsieur Bon-Bon, esperando que sirvan para abrir la caja fuerte. Si no... Dios mío ¿qué vamos a hacer?

En aquel momento oyeron que alguien abría la puerta, y vieron a Sam el Jabonero que venía a llevarse la bandeja del desayuno y a conducirlos a un sucio lavabo al fondo del viejo almacén, para que se lavaran las manos. Luego los trajo al cuarto, que más parecía un calabozo, y cerró de nuevo la puerta. Inmediatamente, los mellizos reanudaron su conversación.

—Cuando nos acerquemos al

mostrador a comprar los chocolates — dijo Jeremy—, tenemos que prevenir de algún modo a Monsieur Bon-Bon. Tenemos que decirle que hay bandidos afuera, pero ¿cómo lo vamos a hacer, si entre los dos no sabemos ni media docena de palabras en francés?

—¿No podríamos poner caras de bandidos y apuntarle con los dedos y hacer «bang»? —preguntó Jemima, deseosa de salir del paso.

—No, porque creería que estábamos jugando —dijo Jeremy—. Tenemos que escribirle una especie de mensaje.

—Pero no tenemos pluma ni lápiz y ni siquiera papel.

—Papel sí tenemos —dijo Jeremy,

con acento triunfante, sacando del bolsillo el gran billete de cinco mil francos y extendiéndolo sobre el suelo —. Si pudiéramos escribir la palabra «bandidos» en letras grandes sobre el billete, estoy seguro de que Monsieur Bon-Bon se daría cuenta del peligro. Pero ¿de dónde vamos a sacar tinta? — miró con enojo a Jemima—. ¡Qué lástima que no seas mayor, pues entonces usarías lápiz de labios! En los relatos de aventuras, las chicas siempre usan lápices de labios para escribir mensajes.

—Yo no tengo la culpa —se defendió Jemina, iracunda—. Además, detesto los lápices de labios. Una vez

me pinté con el de mamá y quedé como si me hubiera ensuciado la cara con mermelada de cerezas. Mamá se enojó mucho conmigo, o pareció que se enojaba, pero creo que sólo trataba de disimular las ganas de reír.

—Bueno, vamos —apremió Jeremy—, ya pronto será la hora. En los bolsillos no tengo nada más que un pañuelo, un pedazo de cordel y un cortaplumas. ¿Qué tienes tú?

—Nada, sólo mi pañuelo. Pero ¿no podrás hacer algo con tu cortaplumas, que tiene tantos artilugios? —preguntó Jemima con desesperación.

—¡Caramba, tienes razón! —exclamó Jeremy—. Claro, podemos usar

la punta del tirabuzón y hacer agujeritos en el billete, hasta formar la palabra «bandidos» en letras grandes. Rápido, manos a la obra. Tú, ven y siéntate del lado de la puerta, en caso de que alguien mire por el ojo de la cerradura.

Jeremy sacó el cortaplumas, abrió el tirabuzón y se puso a hacer agujeritos en el billete de cinco mil francos, extendido frente a él sobre el piso de cemento.

Cuando terminó, los dos examinaron el resultado y convinieron en que cualquier persona que tocara el billete no podría menos que palpar los agujeros; entonces lo levantaría para mirarlo al trasluz, a fin de ver el daño

sufrido y asegurarse de que seguía teniendo valor.

Apenas Jeremy se había guardado el cortaplumas y el billete en el bolsillo cuando la puerta volvió a abrirse y Joe el Monstruo hizo su entrada, seguido por Fink el Hombre Montaña.

—Vamos, patitos, es hora de salir —dijo con gran jovialidad—. Pero, antes, una pequeña formalidad. Estoy seguro de que os habéis portado como dos buenos chicos, pero —y echó a su alrededor una mirada sospechosa— me gustaría ver qué tenéis en los bolsillos.

Jeremy emitió un suspiro de alivio. Por suerte, no habían podido encontrar un lápiz, ni un trozo de papel, ni poner

en práctica ninguna de las artimañas que habían pensado.

Con aire inocente, vació los bolsillos y mostró el pañuelo, el cortaplumas y el billete de cinco mil francos, «cuidadosamente doblado». Jemima exhibió su pañuelo.

Desconfiado, Joe el Monstruo les hizo dar la vuelta a los bolsillos, para convencerse de que no tenían nada escondido y, por fin, dijo:

—Está bien, chicos, vamos. Recordad lo que tenéis que hacer: entrar en la chocolatería y pedir una caja de chocolates de cuatro mil francos. ¿Entendido?

Entonces, todos salieron detrás de

Joe, con Fink el Hombre Montaña a retaguardia, para impedir cualquier intento de fuga.

Subieron al coche abierto y no tardaron en salir a toda velocidad en dirección a la distante Torre Eiffel, que es una gigantesca torre hecha de hierro, construida en el centro de París, como una enorme aguja.

Jeremy no perdía de vista los relojes de las iglesias y las tiendas y veía que se acercaba el mediodía, hora en que, como había dicho Joe el Monstruo, Monsieur Bon-Bon cerraba la tienda. En efecto, en cuanto llegaron frente a un escaparate sobre el cual había escritas, en grandes letras doradas, las palabras

«Bon-Bon», oyó las campanas de un reloj que empezaban a dar las doce. El coche dobló en la próxima esquina y se detuvo.

Joe el Monstruo abrió la puerta del coche y empujó a los niños para que bajaran.

—¡Corred! ¡Corred! —exclamó—. Se nos ha hecho tarde y ya va a cerrar la tienda. Y recordadlo bien: tenéis que hacerlo todo exactamente como os dije y no os pasará nada. Si no...

Los amenazó con su gran puño velludo, pero Jeremy y Jemima no lo vieron, pues ya se habían puesto a correr, desapareciendo por la esquina de la calle.

Como suponían, Monsieur Bon-Bon estaba cerrando las puertas de su tienda, por cuyo motivo no pudieron detenerse a examinar las tentadoras hileras de cajas de bombones y chocolatinas que se exhibían en el escaparate.

Cuando entraron los envolvió un delicioso aroma de chocolate. Luego, vieron a un simpático viejecito envuelto en un anticuado delantal, con una barba blanca y larga que le hacía parecer al mismísimo Papá Noel.

Sonrió bondadosamente a los niños y dejó la puerta abierta.

—*Qu'est-ce que vous désirez?*

Por la forma en que levantaba las cejas, los mellizos supusieron que les

preguntaba: «¿Qué deseáis?». Jeremy, sofocado a raíz de la carrera, repuso tartamudeando:

—Una caja de chocolates de cuatro mil francos, por favor.

—¡Ah! —exclamó Monsieur Bon-Bon—. Cuatro mil francos... Es la caja más grande que tengo.

Y fue hacia el mostrador, donde había una infinita variedad de cajas de distintos tamaños envueltas con cintas multicolores.

—*Vous plait ésta? Are chocolats mixtos, de all classes.*

Jeremy y Jemima disimularon las ganas de reír ante la forma de hablar de Monsieur Bon-Bon, pero se contuvieron

pensando que el peligro no había pasado y que la parte peor de la aventura aún tenía que ocurrir.

—¡Ah, sí, nos gusta mucho! — contestó Jeremy, sin vacilar.

Al mismo tiempo, por encima del hombro de Monsieur Bon-Bon vio la cara zorruna de Sam el Jabonero, que fingía estar absorto en la contemplación de las muestras de chocolates y dulces expuestos en el escaparate.

Monsieur Bon-Bon, que estaba acostumbrado a la indecisión de los niños cuando se trataba de elegir chocolates, levantó la vista con cierta sorpresa, pero no dijo nada y se dirigió al otro lado del mostrador para envolver

la caja. Jeremy lo siguió y con una mano que, debo admitirlo, temblaba un poco, extendió el billete de cinco mil francos, mientras Jemima, a su lado, se mordía los nudillos y estaba a punto de saltar de impaciencia. Monsieur Bon-Bon tomó el billete y, tal como los mellizos habían supuesto, lo abrió y palpó los agujeritos. Miró a los niños con atención y, al observar la ansiedad y la impaciencia que se retrataban en sus rostros, pareció advertir que algo andaba mal y levantó el billete para examinarlo al trasluz. Entonces vio las letras, una por una.

—Bandidos —murmuró Jeremy—.
Afuera.

Y señaló discretamente con la

cabeza.

Monsieur Bon-Bon se transformó repentinamente en un hombre de acción. Sin decir palabra, atravesó corriendo la tienda —con agilidad sorprendente en un hombre de su edad—, cerró la puerta y corrió el cerrojo; luego bajó una gran palanca al lado de la puerta y los cierres metálicos descendieron ruidosamente por el lado de afuera, pero no antes de que los niños alcanzaran a ver la cara de Sam el Jabonero, desfigurada ahora por una mueca de furor.

Luego, Monsieur Bon-Bon se precipitó hacia el teléfono y dijo una cantidad de cosas en francés, de las que Jeremy y Jemima sólo entendieron la

palabra «*police*», que es igual en inglés. Por último, Monsieur Bon-Bon colgó el auricular y se quedó mirando fijamente a los niños.

—Ahora, *mes enfants, por faveur*, ¿queréis decirme qué es lo que pasa?

Apenas habían comenzado a contar, con voz entrecortada, la historia del secuestro y del proyectado asalto, Jeremy y Jemima oyeron el alarido familiar de «Chitty-Chitty-Bang-Bang» o sea el claxon que gritaba «ga-guuu-ga», «ga-guuu-ga», y, después, un estruendo de metal y vidrio y gritos de gente que corría.

He aquí lo que había pasado.

«Chitty-Chitty-Bang-Bang» había superado todos los récords en su recorrido de Calais a París, y luego, pareciendo a veces como si se dirigiera a sí mismo, había culminado el viaje con una espeluznante carrera por las calles, sin hacer caso de las luces de tráfico, los silbatos policiales y los gritos airados de otros conductores, como si supiera que no había un minuto que perder.

El comandante Pott se aferraba al volante y Mimsie se tapaba los ojos, segura de que en cualquier momento

iban a estrellarse.

Por fin, la diminuta pantalla de radar apuntó fijamente en dirección de una calle determinada, y «Chitty-Chitty-Bang-Bang» aminoró la velocidad por sí solo, como si estuviera olfateando o buscando algo. Así fue como, al pasar frente a una chocolatería que tenía una gran muestra en letras doradas con las palabras «Bon-Bon» al frente, vieron a un coche descapotable que pasaba por una calle lateral. Apenas el comandante Pott y Mimsie lo hubieron reconocido como el coche de los gangsters cuando ya «Chitty-Chitty-Bang-Bang», arrancando prácticamente el volante de manos de su conductor, se precipitó,

como un toro enfurecido, en persecución del otro automóvil.

«Chitty-Chitty-Bang-Bang» alcanzó al coche descapotable en la parte central de la carrocería y con un tremendo impacto, acompañado de ruido de vidrios rotos, lo volcó, haciendo caer a la calle a Joe el Monstruo, Sam el Jabonero, Fink el Hombre Montaña y Banks el Usurero. Y precisamente en el instante en que los gangsters trataban de huir, aparecieron varios motoristas de la policía francesa, que se lanzaron tras ellos.

El comandante Pott saltó de su asiento y se unió a los perseguidores. Dio alcance a Joe el Monstruo y lo

derribó con un bloqueo como los que se usan en el rugby.

Los otros tres gangsters no tardaron en detenerse, amenazados por los revólveres de los policías. Entonces se abrió la puerta de la chocolatería y un hombrecito parecido a Papá Noel salió corriendo, seguido por Jeremy y Jemima.

Bueno, ya os podéis imaginar las escenas de contento y entusiasmo que se desarrollaron después —cuando los mellizos se reunieron con sus padres—. Luego hubo largas conversaciones con los agentes de policía, que terminaron con la llegada de un coche celular que se llevó a los furibundos gangsters.

Por último, gracias a una mezcla de inglés y francés, todo quedó explicado, y muchos fueron los elogios que se tributaron a Jeremy y Jemima por su valiente actuación.

Luego, apareció un coche grúa de la policía, que se llevó los restos del auto de los gangsters. La policía prometió que se encargaría de reparar lo más pronto posible los daños sufridos por «Chitty-Chitty-Bang-Bang», que se reducían a un abollamiento del parachoques y del radiador. Monsieur Bon-Bon y la familia Pott contemplaron entristecidos cómo el gran coche verde era remolcado hasta un garaje cercano, donde más tarde fue a verlo el

comandante Pott para asegurarse de que lo iban a atender bien y de que no había sufrido daños internos a consecuencia de su valiente encontronazo con el auto de los gangsters.

La verdad es que «Chitty-Chitty-Bang-Bang» parecía estar muy contento en manos de los mecánicos franceses, que lo trataban con gran consideración, de modo que el comandante Pott regresó tranquilo a casa de Monsieur Bon-Bon, que se hallaba atendiendo a su negocio, y donde toda la familia había sido invitada a compartir un succulento almuerzo, antes de salir a ver las bellezas de París, así como a pasar la noche.

Madame Bon-Bon era tan simpática como Monsieur Bon-Bon, y, además, había dos robustos chiquillos, llamados Jacques y Jacqueline, que tenían aproximadamente la edad de los mellizos, de modo que las dos familias, hablando una mescolanza de mal inglés y mal francés, se entendieron a las mil maravillas.

La policía francesa visitó la casa varias veces durante el día y tomó declaraciones por escrito a todos los participantes en el frustrado asalto. Además, la familia Pott fue informada de que por todo lo que había hecho para capturar a los gangsters recibiría una recompensa colectiva de 100.000

francos, que eran cerca de 800 libras esterlinas. Madame Bon-Bon añadió su propia recompensa, que consistió en revelar a la familia Pott la receta del famoso «*fuye*» —así pronunciaba ella la palabra «*fudge*^[3]»— de la casa Bon-Bon^[4].

Al día siguiente, después de otro delicioso desayuno francés, el comandante Pott fue al garaje y, como lo esperaba, «Chitty-Chitty-Bang-Bang», aunque todavía mostraba huellas de las andanzas del día anterior, estaba en perfectas condiciones técnicas y se trasladó velozmente a casa de la familia

Bon-Bon, que quería conocerlo. Luego, Monsieur Bon-Bon invitó a Jeremy y Jemima a volver a la tienda y les dijo que extendieran los brazos; ellos así lo hicieron y Monsieur Bon-Bon les fue poniendo cajas y más cajas de chocolate en las manos, hasta que casi no se podían tener en pie. Tuvieron que ayudarlos para que pudieran llegar hasta el coche y depositar el precioso cargamento en el portaequipajes de «Chitty-Chitty-Bang-Bang».

Las dos familias se despidieron afectuosamente y prometieron visitarse en la primera oportunidad que se presentase —y habéis de saber que al año siguiente volvieron a encontrarse y

renovaron su amistad, que ha seguido manteniéndose.

Luego, «Chitty-Chitty-Bang-Bang» salió calle abajo, dócilmente, con una expresión muy distinta de la que tenía cuando había entrado por la misma calle el día anterior.

Llegaron a la carretera que conducía a Calais, donde podrían tomar el *ferry* de automóviles o el «puente aéreo» para Inglaterra —aún no se habían decidido—. El comandante Pott dijo a Jeremy y Jemima, por encima del hombro:

—Bien, creo que por el momento ya hemos tenido suficientes aventuras. Es hora de que tengamos un poco de paz y tranquilidad.

Mimsie dijo, muy enfáticamente:

—Completamente de acuerdo.

Pero Jeremy y Jemima, desde el asiento de atrás, hicieron oír su protesta.

—¡Ah, no! —exclamaron, más o menos a coro los dos niños—. ¡Queremos más aventuras! ¡Más!

Y precisamente en ese instante, aunque os parezca mentira, se oyó un ruido de engranajes en el interior de «Chitty-Chitty-Bang-Bang».

Los guardabarros traseros y delanteros se convirtieron en alas, el radiador se abrió, el ventilador se transformó en hélice, y con un potente impulso, el gran coche verde se elevó en el aire.

—¡Mi sombrero! —gritó el

comandante Pott (y no era una maldición como las que él solía decir, sino una simple información, pues, en efecto, le había volado el sombrero)—. No puedo controlar el coche. ¿A dónde diablos nos llevará?

Y, a decir verdad, tampoco yo sé a dónde los llevó.



IAN FLEMING (1908-1964). Hijo de Valentine Fleming y de Evelyn St. Croix Fleming, realizó sus estudios en Eton College y en la Real Academia Militar de Sandhurst, ampliándolos posteriormente en Austria y en la universidad de Múnich.

Tras la segunda guerra mundial, en la que sirvió en el British Department of Naval Intelligence de la Royal Navy y en el que alcanzó el rango de comandante, trabajó en el grupo de periódicos Kemsley, propiedad del The Sunday Times.

Su trabajo en los servicios secretos le permitió desarrollar el escenario en el que viviría su gran creación, el agente del Servicio Secreto Británico James Bond, siendo su primera novela *Casino Royale* (1953). Además de escribir doce novelas y nueve cuentos del agente 007, también desarrolló otro tipo de obra como la novela para niños *Chitty-*

Chitty-Bang-Bang (1964).

Falleció en 1964 a consecuencia de una crisis cardíaca en Canterbury, a la edad de 56 años.

Fuente: *wikipedia.org*

Notas

[1] De «*crackpot*», voz colonial que significa «chiflado». <<

[2] En 1968, *Chitty-Chitty-Bang-Bang* fue llevada al cine en la forma de un musical protagonizado por Dick Van Dyke y Sally Ann Howes. Esta traducción de la obra de Fleming fue realizada en España en 1969 con motivo de la promoción de dicha película, y en ese año la moneda oficial española era la peseta. (N. del Editor) <<

[3] Dulce de chocolate. <<

[4]

***ESTRICTAMENTE
CONFIDENCIAL: RECETA DEL
«FUYE» DE MONSIEUR BON-BON***

Ingredientes: 1/2 kilo de azúcar, 1 bote pequeño de leche condensada, 1/4 kilo de mantequilla, 1 cucharada sopera de agua, 1 cucharada sopera de melaza de maíz y 4 cucharadas soperas de chocolate amargo.

Pónganse todos los ingredientes en una cacerola. Derrítanse a fuego lento hasta que la mezcla se espese ligeramente y

quede sin grumos. Avívese el fuego y hágase hervir rápidamente hasta que se forme una bola blanda cuando se eche el caramelo en agua fría. Retírese del fuego y bátase bien con una cuchara de madera. Viértase toda la mezcla en un recipiente plano y engrasado, córtese en cubitos y déjese enfriar. Cuando esté frío, ¡¡*DEVÓRESE!!* <<